LA TRAGEDIA DE
ANTÍGONA



MITOLOGÍA
GREDOS

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Javier Rubín Grassa
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Bàrbara Matas Bellés
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-8704-5
Depósito legal: B 22256-2016

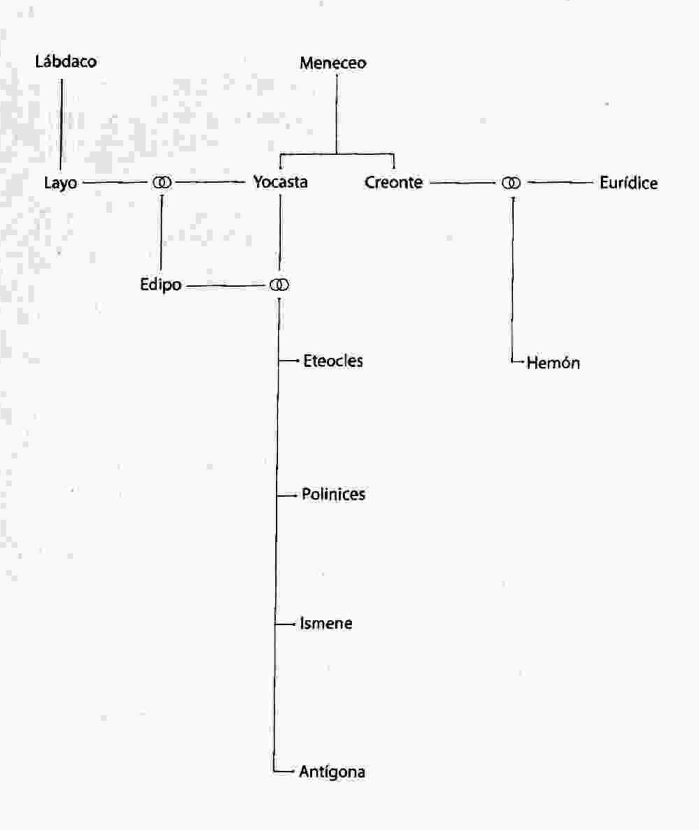
Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

*No pensaba que tus proclamas tuvieran tanto poder
como para que un mortal pudiera transgredir las
leyes no escritas e inquebrantables de los dioses.*

Antígona, Sófocles

Genealogía de la familia real de Tebas



Dramatis personae

Los Labdácidas

ANTÍGONA – hija pequeña de Edipo y Yocasta, piadosa, decidida y de voluntad inquebrantable.

EDIPO – rey de Tebas, querido por su pueblo y por su familia, pero caído en desgracia.

ETEOCLES – primogénito de Edipo, de ambición desmedida.

POLINICES – segundo hijo de Edipo, vigoroso y valiente.

ISMENE – hija mayor de los reyes de Tebas.

YOCASTA – viuda de Layo y esposa de Edipo, admirada por los tebanos por su belleza y bondad.

Los tebanos

CREONTE – hermano de Yocasta, buen conocedor de los entresijos del palacio.

EURÍDICE – esposa de Creonte.

HEMÓN – hijo de Creonte y Eurídice, amante de Antígona.

TIRESIAS – oráculo ciego de certeras profecías.

El ateniense

TESEO – rey de Atenas respetado en toda la Hélade.

1

El final del camino

De las siete puertas que horadaban las paredes de la muralla fue la consagrada a Electra la que quebrantó la quietud de la tarde, cuando sus dos mayúsculas hojas formadas por maderos de pino —avejentadas por años de calor inclemente, de vientos húmedos, de lluvias pertinaces, de inviernos helados— se abrieron lanzando una queja desafinada. El lamento de los goznes se extendió más allá de los muros de la ciudad y se perdió por el horizonte de los campos salpicados de olivos con una nota disonante que pareció tornarse lenta al atravesar el ambiente recalentado por la canícula. En el mismo instante en que la puerta impactó contra la muralla, exhalando un crujido seco, quedó suspendida en el aire la sensación de un silencio palpable. El sol del estío penetró entonces por la abertura del portal y bañó con una luz sin matices la ciudad que la muralla guardaba con celo: la orgullosa Tebas.

Alzada donde Cadmo mató al dragón y plantó sus dientes —de los que brotaron los fieros guerreros que lo ayudaron a construirla— Tebas enmarcaba su horizonte en el imponente Teumeso, se asentaba a los pies del monte Citerón, se bañaba en las aguas del Dirce y se perfumaba con el aroma salobre del no tan lejano Egeo. Desde su fundación, la ciudad se había acostumbrado a sufrir: se resignó durante décadas a las disputas violentas de sus reyes, a ser arrojada por sus monarcas a cruentas batallas, a pagar con el aliento moribundo de los que la defendieron. Ahora Tebas se dolía por la herencia recibida de otro de sus soberanos, el arrogante Layo, que desoyó la profecía de Apolo e hizo caer la desgracia sobre su estirpe, la casa de los Labdácidas, y sobre todos los tebanos. Un rastro de horror y deshonra se había apoderado de la ciudad desde entonces, y su eco siniestro seguía resonando incluso en la engañosa placidez de esa tarde de estío.

La quietud densa, acrecentada por la canícula del verano heleno, solo fue rasgada por el sonido liviano de unos pies desnudos caminando sobre la tierra árida. Avanzaban lentos, faltos de vigor, levantando ínfimas nubes de polvo con cada paso arrastrado. Eran los pies descalzos de una mujer joven, bella, de tez oscura y cuerpo menudo, de mirada ahogada en lágrimas silenciosas y rostro contraído por un dolor profundo, inabarcable. Caminaba cabizbaja y encogida dentro de un peplo de lino, protegiendo su pecho con los brazos cruzados, abatida bajo el peso del sofoco estival y quebrada por su sino, inevitable y cercano: la muerte. Iba a morir injustamente, de forma cruel. Pero aunque esa certidumbre hacía gemir todos los recovecos de su alma,

no hubiese querido, ni podido, vivir en la ciudad en que se había convertido su amada Tebas. Esa mujer tenía un nombre que todos sus compatriotas conocían y respetaban, por ser la más noble y valerosa de su estirpe maldita: Antígona, la nieta de Layo, la hija de Edipo y Yocasta, la hermana de Eteocles, Polinices e Ismene, la amada de Hemón, la sobrina de Creonte, el nuevo rey de Tebas, el soberano que la había condenado.

Unos metros por detrás, cuatro soldados con expresión lúgubre la escoltaban en su lastimosa travesía. Ninguno se había atrevido a sostenerle la mirada cuando fueron a buscarla a las mazmorras del palacio; ninguno había osado desligarla del abrazo bañado en sollozos con su hermana Ismene; ninguno se había opuesto a que la desolada muchacha, salpicada por los pecados de sus antepasados y los actos de sus consanguíneos, realizase el trayecto descalza para estar en contacto íntimo, por última vez, con su patria. Tampoco ninguno encontró palabras de aliento para ella, ni supo expresar con un gesto el pesar que sentían por su infeliz ventura. Así, en un mutismo aplastante, la triste comitiva se alejó en dirección a las afueras de la ciudad, donde esperaba la última morada de Antígona: una angosta cueva que, sellada por un peñasco, habría de privarla hasta su suspiro final de la luz del sol, de la caricia de la brisa, de los atardeceres y los amaneceres, del sabor de besos que ya no recibiría, del cariño de hijos que ya nunca engendraría.

Cuando el cortejo llegó ante la tumba de piedra, Antígona se sentía seca como un pozo abandonado. Había inundado el camino, que discurría por un sendero umbrío, con el torrente de lágrimas de su desdicha. Paso a paso se había

vaciado de llanto y angustia, y para cuando arribó frente a la cueva se sentía en paz consigo misma. Estaba preparada, dispuesta a cumplir con la sentencia. Uno de los guardias que la escoltaba entró a inspeccionar el rocoso habitáculo y a dejar allí los exiguos alimentos que su tío, el soberano Creonte, había dispuesto para ella. Cuando salió, tenía restos de tierra negra en el pelo y se había arañado una pierna en la estrechez de la abertura. Trató de aparentar firmeza de ánimo para hablar a la desventurada hija de Edipo, pero las palabras no salieron de su boca. Su semblante se quebró y apartó avergonzado la mirada de la que le aguantaba, con aplomo y entereza, la condenada.

—Ofrecedme un trago de vuestra agua antes de dejar que me pierda para siempre en las entrañas de la tierra —dijo Antígona—. Y después de encerrarme, partid sin pesar: no habréis hecho más que cumplir las órdenes recibidas.

El custodio le acercó a la hija de su antiguo rey, con manos temblorosas, un odre lleno del líquido, y ella bebió hasta saciar su sed. Con los labios aún húmedos, dirigió una mirada tierna, generosa, al hermoso paisaje que la rodeaba y se llenó los pulmones con los aromas florales del sotobosque heleno. Serena, penetró en el reducido antro. Sobrecogidos por su templanza, los cuatro guardianes vieron cómo desaparecía dentro de la gruta.

Antígona notó que la temperatura era mucho más fresca que en el exterior, y su mirada tardó unos instantes en acostumbrarse a la escasa luz. No había demasiado que ver, en verdad: la raíz de un árbol sobresaliendo de lo alto de la cavidad antes de volver a incrustarse en la superficie húmeda del techo, un suelo irregular salpicado de guijarros y con

un pedrusco en el centro, unas paredes de roca desnuda que envolvían con crudeza la cámara. Nada más. Inspiró profundamente un aire viciado y lóbrego. Un escalofrío le recorrió la espalda, pero estaba resuelta a no dejarse vencer por el miedo. Inclinó la cabeza, cerró los ojos y se encomendó a los dioses. Así, percibió los esfuerzos de los cuatro hombres al mover la pesada roca que descansaba junto a la entrada de la cueva; notó la fricción del peñasco contra el terreno adusto; tembló cuando la colosal piedra empezó a tapar la abertura del nicho; se estremeció cuando los últimos rayos de sol se filtraron por la rendija, cada vez más pequeña, que la separaba del mundo de los vivos. La peña encajó con un estruendo seco, que restalló como un látigo empuñado por el mismísimo Zeus. La tumba estaba sellada. El silencio y la negrura lo abrazaron todo.

A pesar de sus oraciones, el terror comenzó a asediarla. Para ahuyentarlo, trató de vaciar su mente. Su esfuerzo fue en vano, pues no pudo evitar que, sin ella convocarla, se abriera paso desde las insondables neblinas de su pensar una imagen familiar, el semblante de un ser amado. ¿Era el perfil del severo Eteocles aquel que la asaltaba? Lo rechazó de plano; recordarlo le causaba demasiado dolor. Para alejarlo, abrazó el semblante que le parecía más dulce —el de Polinices— y dejó que llenara sus pensamientos, aunque su efigie también vino acompañada de un desconsuelo profundo. La última vez que lo había visto, hacía pocos días, su piel estaba fría, marmórea, grisácea: el segundo de sus hermanos estaba muerto y sus bellos ojos yacían escondidos para siempre bajo la capa fina de sus párpados azulados. Frente a una de las puertas de Tebas, bajo la blanquecina luz de la luna, Antígona se había arrodilla-

do junto a los restos insepultos de su hermano y mientras las lágrimas y el dolor se mezclaban con la rabia y la impotencia, se descubrió fijándose, como nunca lo había hecho, en lo viril de sus facciones, en cada ángulo de su perfil, en su frente amplia, su nariz recta, sus labios gruesos, su barbilla cuadrada. Le sorprendió entonces darse cuenta de que los rasgos de su hermano eran muy parecidos a los de su añorado padre. Y frente al cadáver de Polinices hubo de recordar aquella tarde no tan lejana en Colono, cuando, de manera semejante, se había quedado admirada ante la silueta perfecta de Edipo, ante su rostro recortado contra el sol del atardecer: le pareció que a pesar de su estado, de su vejez y de su ceguera, poseía una belleza imperecedera. Una belleza compartida, la de Edipo y Polinices, que Antígona no podía olvidar.

◇◇◇

El sol empezaba a descender sobre las montañas, proyectando las sombras alargadas de dos fatigados caminantes que avanzaban renqueantes: el marchito Edipo y su fiel hija Antígona, en cuyo brazo se apoyaba. Llevaban muchas jornadas de penoso camino desde que salieron, a la fuerza, de Tebas, y aunque la enérgica muchacha redoblaba sus esfuerzos para aliviar los dolores y el cansancio del padre invidente, también a ella le faltaba ya el vigor. Al borde del agotamiento, el paisaje que se abrió ante la vista de la joven se le antojó idóneo para el descanso del anciano: el secarral por el que transitaban se interrumpía con vegetación en un reducido soto, un estallido verde de laureles, viñas y olivos. En el centro, una roca circular ofrecía un asiento perfecto. Antígona le dijo a su padre:



Antígona encontró una roca que ofrecía el asiento perfecto para su anciano padre.

—Aquí encontrarás acomodo mientras busco agua y alimento para satisfacer tu sed y tu hambre.

Asida a su brazo, lo condujo con dulzura hasta el banco improvisado. Resoplando, el padre se dejó caer sobre el peñasco y su cara se torció en un gesto de dolor. Ya aposentado, su mano buscó a tientas la de su hija y le prodigó una fugaz caricia. Fue un gesto breve, pero preñado de un cariño infinito hacia Antígona, quien sintió que su corazón se estremecía, y con él, todo su cuerpo. Suspirando, contuvo aquel sentimiento para que no se desbordara.

Edipo restaba inmóvil, vencido, con los párpados cerrados sobre sus cuencas vacías, la cabeza caída y ambas manos apoyadas en una rama de boj que en los últimos días de trayecto le había hecho las veces de bastón. Ansiaba el descanso definitivo, el fin de tantas penurias que ni siquiera los cuidados bondadosos de su hija podían evitar. Escaseaban el alimento y la sombra; echaba en falta el cobijo de un tejado, la comodidad de una cama, el alivio de unas abluciones. Las heridas mal curadas que él mismo había infligido a sus ojos, hasta cegarlos, le dolían de manera atroz. Las piernas apenas le sostenían, su espalda se iba encorvando día a día, su barba cana crecía sin mesura, igual que sus cabellos rizados, ahora amarillentos. Su túnica, antaño de un rojo majestuoso, propio del gran monarca que la vestía, era poco más que una sábana rosácea, raída y hecha jirones. Pero más allá de todos sus calvarios físicos, de la dejadez de su apariencia, del hedor que emanaba de su cuerpo macilento, lo que más le dolía a Edipo era el alma: se había convertido en un despojo, en un paria repudiado por todos. Por todos menos por su hija.

Viéndolo tranquilo, Antígona se disponía a partir para buscar ayuda cuando vio acercarse a un campesino. Antes de que pudiesen decirle nada, el visitante se deshizo en clamores:

—¿Quiénes sois, desdichados? ¡No debéis estar aquí! ¡Marchaos de inmediato! ¡Id tan deprisa como vuestros pies os lo permitan!

—Solo somos dos caminantes en busca de cobijo y alimento —respondió sorprendida Antígona—. ¿Por qué nos recibís con tan mísera hospitalidad? ¿Tratáis a todos los visitantes de la misma manera?

—¡Nada tiene que ver con la hospitalidad! Es por pisar este terreno que os recibo así. ¡Y cualquiera de mis vecinos haría lo mismo!

—¿Qué aldea tiene vecinos tan poco acogedores?

—La blanca Colono.

—¿Colono? ¿La misma Colono protegida por la esplendorosa Atenas? —preguntó ella.

—Y por su justo rey Teseo, sí, la misma.

—No os entiendo —replicó Antígona—. Aquí no hay más que un pequeño bosque y esta roca donde mi anciano y afligido padre ha podido encontrar algo de acomodo. ¿Qué ofensa os estamos causando?

—¡Un pequeño bosque, decís! ¡Insensata! ¡Esto no es un bosque por lo menos, no uno cualquiera! —replicó excitado el hombre. Entonces se fijó en Edipo, quien no había movido un músculo desde que se dejó caer sobre el peñasco. Al reparar en su lamentable estado, comprendió que su actitud merecía una explicación—. El lugar donde os encontráis no pertenece a Colono: este bosquecillo lo poseen las temibles diosas hijas de la Tierra y de lo Oscuro.

—¿Diosas? ¿De qué diosas habláis?

—De las euménides, que todo lo ven. ¡Debéis salir de aquí para no despertar su furia iracunda! ¡Esta tierra que pisáis es sagrada!

Edipo salió de su letargo súbitamente al oír que había arribado a un lugar consagrado a las euménides —las benévolas—, a quienes los hombres llamaban así para congraciarse con ellas y no pronunciar su verdadero nombre: las erinias, las vengadoras de los delitos de sangre. Volvió la cabeza, buscando a tientas el lugar de donde procedía la voz, y pronunció algo ininteligible. Antígona acercó el oído a los labios del anciano y lo conminó a repetir lo que había dicho. Las palabras que escuchó, aunque emitidas con un hilo de voz, eran claras: «Mi destino, he llegado a mi destino». Antígona quedó aturdida. Bien sabía lo que le había profetizado a su padre el adivino Tiresias tiempo atrás: no solo que cometería los crímenes involuntarios por los que ahora estaba pagando tan insoportable precio, sino también que su muerte había de llegarle lejos de Tebas, en un lugar sagrado. Miró con detenimiento el rostro de su padre, resistiéndose a aceptar, aunque dándose cuenta de que tenía que hacerlo, que Edipo no quería seguir adelante, que sentía que había arribado su fin y que este se produciría en aquel lugar. Fue en ese momento, consciente de la inminencia de la muerte de su padre, cuando observó todos los detalles de su rostro que recordaría tiempo después. En aquel instante de terrible lucidez, el dolor de las últimas semanas parecía haberse esfumado del gesto de Edipo; en su lugar solo mostraba una gran placidez. A contraluz, Antígona admiró su perfil mientras intentaba grabarlo a fuego en su mente, sabedora de que



El bosque lo poseían las temibles erinias, diosas vengadoras de los delitos de sangre.

pronto lo perdería: su frente amplia, su nariz recta, sus labios gruesos, su barbilla cuadrada. Ni siquiera los tormentos de los últimos meses habían conseguido ensombrecer la belleza de su padre, pensó con maravilla. Aquellos segundos de extraña perfección, en los que nada más parecía importar, los atesoraría Antígona hasta el fin de sus días.

∞

El sol ya había caído, y en torno a Antígona y Edipo se había reunido el consejo de ancianos de Colono, advertido por el campesino portando candiles de los que emanaba una tenue luz. La mirada de los recién llegados saltaba del viejo de los ojos mutilados a la joven de porte enérgico; los examinaban con curiosidad, pero sobre todo con recelo. Les exigían que abandonasen el suelo sagrado que estaban profanando ante el temor de que se desatase la ira vengativa de las euménides contra ellos si permitían la afrenta de su presencia.

Antígona avanzó hasta ellos para hacerles frente desde el interior del terreno que no podían hollar, de manera que quedaba fuera de su alcance:

—Deberíais mostrar respeto por este hombre, que hasta hace poco tiempo reinaba sobre Tebas, pues fue un soberano bueno y justo, muy amado por su familia y su pueblo. Son ellos quienes, dejándose llevar de modo indigno por el miedo y por la irreflexión, lo han traicionado. Lo que ha padecido Edipo no lo tendría que sufrir mortal alguno.

El horror se reflejó en los rostros de los colonenses al descubrir que quien tenían ante ellos no era solo un anciano menguado en sus fuerzas, sino el monarca del que tanto habían oído hablar, el soberano repudiado por su pueblo a causa de sus monstruosos crímenes. En los ojos de su pasmada audiencia, Antígona pudo leer el pensamiento que cruzaba sus mentes: ¿cuántas desgracias podrían caer sobre Colono si, además de permitir que dos extranjeros provocasen a las diosas, quienes lo hacían acarreaban la carga de unas ofensas tan abominables? Antígona impuso de nuevo su voz sobre la agitación de los presentes:

—¡El único pecado de este inerme anciano ha sido nacer bajo un mal augurio! ¡Y por ello ya ha pagado el precio más alto al que cualquier hombre tenga que hacer frente! ¿Qué falta cometió él por pertenecer a una estirpe maldita a causa de las vilezas de su padre, el arrogante Layo? ¿Qué culpa tuvo de cometer unos crímenes sin saber que lo hacía?

Uno de los miembros del consejo, el de más edad, tomó la palabra:

—Mujer, eso es algo que solo los dioses pueden discernir. Nuestra es la tarea de impedir que sean afrentados. La presencia de tu padre y también la tuya son un sacrilegio que no podemos tolerar, pues solo puede traernos desgracias a todos.

—Os inquieta la ira divina, pero nada debéis temer, sino al contrario, creedme. El mismo oráculo que profetizó, con lacerante acierto, que Edipo cometería horrendos crímenes sin saberlo también pronosticó que, a su llegada a un lugar sagrado lejos de Tebas, habría de morir.

—¿Y por qué esto habría de importarnos? —replicó el anciano.

—Porque el adivino también dijo, escuchadme bien, que el buen pueblo que diera sepultura a sus restos sería bendecido con la dicha de los dioses, que siempre les habrían de ser favorables. —Un murmullo de desconcierto se extendió

entre el consejo—. Os suplico que vayáis a buscar a vuestro rey, el noble Teseo, cuya justicia y claridad de mente son conocidas en toda la Hélade. A él quiero pedir protección para este malhadado anciano que está llegando al final de su vida. Si se la concede, ¡también vosotros disfrutaréis de la fortuna que caerá sobre Colono!

La exhortación de Antígona tuvo un efecto inmediato: el consejo se desgajó en grupos y uno de ellos partió hacia Atenas para hacer saber al rey de la presencia de los dos foráneos y de las promesas que portaban. La muchacha vio cómo se alejaban por el camino, y después miró a su padre, con el cuerpo y el alma de nuevo derrengados. Su desdichado padre, era cierto, había llegado al final de su camino y pronto su aliento volaría a las casas de Hades. Sin darse cuenta, las lágrimas acudieron a sus ojos.

∞

Imponente a lomos de un caballo negro, la figura de Teseo se abrió paso entre la multitud cada vez más numerosa que rodeaba, sin atreverse a pisarlo, el soto donde aguardaban los dos extranjeros. Al conocer la identidad de aquel que ultrajaba el bosque sagrado de las erinias, muchos de los habitantes de Colono se habían acercado a verlo, aunque mantenían una distancia prudente. El soberano ateniense descabalgó, flanqueado por su guardia y, ordenando a sus hombres que quedaran atrás, penetró en el espacio divino sin dudarlo. Los murmullos del gentío se fueron ahogando al verlo hasta que se hizo el silencio.

Más allá de su presencia poderosa —conservaba de su juventud unos brazos fornidos, un tórax robusto, una espalda

ancha, unas piernas vigorosas, un cuello recio—, a Antígona le conmovió su actitud: el hombre que había conseguido derrotar al temible Minotauro, el rey que había llevado a la ciudad de Atenas a su máximo esplendor, que había dado forma a su aspecto gracias a magníficas construcciones y también a su alma en virtud de sabias leyes y ordenaciones, se arrodillaba ahora ante su padre, quien un día fue un respetado rey de la no tan lejana Tebas. A pesar de su invidencia y de su falta de ánimo, Edipo posó sus manos trémulas en los hombros de Teseo, que le devolvió el saludo con idéntico gesto. Inmóviles, rodeados por la luz de los candiles que portaban los colonenses, los dos hombres parecían ser el mismo en diferentes momentos de su vida.

Antígona mantuvo una distancia respetuosa para dejarlos conversar sosegadamente. Cuando hablaba Edipo, moviéndose con ademanes lentos, Teseo se acercaba a su rostro con los ojos entornados para abarcar cada una de las palabras que este pronunciaba. Cuando era el turno de Teseo, Edipo agachaba la cabeza y balanceaba ligeramente su cuerpo hacia el otro gran rey, quien seguía arrodillado ante él. Terminado el diálogo, del que a Antígona no le llegaron más que susurros ininteligibles, el monarca de Atenas apretó con firmeza los hombros del antiguo rey, se levantó y se dirigió a los miembros de su guardia:

—Dad a este venerable rey caído en desgracia y a su piadosa hija un aposento en la cabaña que está a los pies mismos de este bosque. Proporcionadles acomodo, comida y agua para sus abluciones. Y apostaos ante su puerta para proteger su intimidad en estos momentos de acerba aflicción para ellos. —Los guardias asintieron. Luego el monarca añadió

solemne:—Y si un trueno quiebra el cielo, no os demoréis ni un instante en venir a buscarme.

∞

Hospedados dentro de la pequeña choza, Antígona procedió con gran cautela para procurar los últimos cuidados a su padre: humedeció y eliminó las costras que recubrían el hueco en que antaño hubo unos bellos ojos, enjuagó su cabello sucio hasta que sus rizos volvieron a recuperar algo de su antiguo lustre, frotó la piel arrugada, limpió las llagas que castigaban su cuerpo, lavó sus pies ennegrecidos y cubiertos de ampollas, lo vistió con el sencillo quitón que le habían dejado. Cuando estuvo adecentado, lo alimentó con pan y miel, le ofreció vino, lo acomodó en el lecho y lo arrulló hasta que se entregó al sueño. Antígona se dio cuenta entonces de que también ella estaba agotada. Se disponía a limpiar su propio cuerpo y a satisfacer su propia hambre cuando los soldados que hacían guardia entraron en la cabaña para avisarla de que un par de desconocidos se acercaban a caballo. Antígona salió y vio a lo lejos dos figuras sobre sus monturas. Aguzó la vista: distinguió sobre uno de los equinos a un sirviente del palacio real de Tebas. Junto a él, a lomos del otro animal, cabalgaba su hermana Ismene. A pesar de la distancia que lo sucedido había puesto entre ellas, la joven había rogado al rey Teseo que le enviara un mensaje en secreto a su hermana para informarla de que su padre se hallaba a las puertas del reino de Hades.

Hacía mucho que no la veía, y le pareció que en el transcurso de ese tiempo su hermana se había consumido. Su cabellera, de un negro azabache el día en que Antígona y

Edipo abandonaron Tebas, se había tornado grisácea y opaca. Su cuerpo, antes generoso, parecía haber menguado, sus manos eran ahora huesudas. En el rostro de Ismene había surcos donde antes solo lucía una piel tersa, y la mirada que irradiaba de sus ojos azules, viva y brillante, estaba ahora oscurecida, triste, apagada. Pero aunque a Antígona le produjo desasosiego contemplarla tan desmejorada, su resentimiento hacia ella no había disminuido desde que decidiera no acompañarles en el penoso exilio que emprendieron.

Sí, había consolado a su padre, había comprendido que sus horrendos crímenes los había cometido desconociendo que cumplía los designios de una maldición que había caído sobre él sin haber hecho nada para merecerla. Para su padre había tenido cariñosas palabras, había llorado junto a él, había tratado de curar las heridas de sus ojos. Sin embargo, después de haber prometido estar siempre a su lado, a la hora de la verdad no lo estuvo. Cuando el consejo tebano decidió que Edipo no podría seguir ocupando el trono ni habitando la ciudad, cuando Eteocles y Polinices callaron y con su silencio respaldaron el veredicto —que no turbó lo más mínimo a Creonte—, cuando Antígona les hizo saber que ella partiría con su padre para acompañarlo en su incierta travesía, Ismene no fue capaz de dar un paso al frente, no tuvo coraje para desobedecer a sus hermanos y a su tío, quienes la instaban a abandonar al hombre que con sus actos los había deshonrado. A Antígona también la exhortaron para que se quedara, incluso la amenazaron, pero ella no hizo caso, porque aquel hombre era el padre que les había dado la vida, que les había dado el sustento, que tanto los había amado.

El día en que el rey ciego y su hija obcecada partieron de Tebas, Antígona miró con desprecio a su hermana. A Ismene no se le habían olvidado aquellos ojos de fuego clavados en los suyos, que se derritieron como la cera de una vela. Pero incluso con ese recuerdo candente en su corazón, había acudido a la llamada. Ahora, desde lo alto de su montura, Ismene volvió a sentir la mirada penetrante de Antígona perforándole el alma. Descabalgó.

—Antígona… —su hermana no dijo nada. Ismene la abrazó, pero no encontró más que un cuerpo rígido entre sus brazos—. He acudido tan rápido como he podido.

—Celebro que después de todo hayas decidido estar al lado de nuestro padre. Su vida está llegando a su fin.

El tono de Antígona era áspero, aunque hacía esfuerzos por suavizarlo. Cuando le pidió al rey de Atenas que informase a su hermana, no había dudado de que Ismene partiría para estar al lado de Edipo; era inconcebible que su corazón hubiese olvidado todo el amor que les había profesado a ella y al resto de la familia, a pesar de los tormentos que sus crímenes involuntarios les habían provocado. Por eso se sorprendió todavía más cuando escuchó lo que le dijo Ismene.

—Hermana, nuestro padre tiene que volver a Tebas. Debes ayudarme a convencerlo. Solo él puede interceder entre Polinices y Eteocles, que se han enemistado por la sucesión del trono, solo él puede evitar que nuestra ciudad se vea abocada a una batalla cruenta.

La ira y la perplejidad se abrieron paso a grandes zancadas en el sentir de Antígona. Ira, al ser consciente de que su hermana no había ido hasta esa lejana cabaña para confortar a su padre. Perplejidad, al saber que Tebas estaba al borde de

una guerra fratricida, por descubrir que sus hermanos estaban enfrentados por el reino.

—¿Cómo te atreves? ¡Nuestro padre solo desea morir en paz y tú vienes aquí para pedirle que regrese a la ciudad que lo repudió? —Antígona tenía la voz rota por un llanto preñado de rabia. La de Ismene se quebró por la pesada carga de su imploración.

—Antígona, Polinices y Eteocles están dispuestos a matarse y a arrastrar en su locura sangrienta a toda la ciudad. ¡Polinices prometió volver con un ejército extranjero cuando Eteocles no le cedió el trono que habían acordado alternarse cada año! ¿No lo comprendes? ¡Nuestro padre es el único que puede evitarlo, solo él puede hacerlos entrar en razón! ¡Ayúdame, te lo suplico!

Golpeada por la revelación de Ismene, saturada por la magnitud de las noticias que le trajo sobre sus hermanos, Antígona se sintió incapaz de articular palabra. Solamente pudo pensar en el trágico destino que aguardaba a Tebas. Tal vez tenía razón: la guerra era inminente y solo Edipo podría evitarla. Pero estaba convencida de que no lo haría; aunque quisiese, en su estado no podría.

2

El delirio de Edipo

Bajo la mirada henchida de orgullo de Antígona, de sus hermanos, de su madre y de todo el pueblo de Tebas, Edipo luce deslumbrante bajo su clámide de colores vivos y bellos adornos bordados. En lo alto de la escalinata de mármol blanco de su palacio, el monarca viste sus mejores ropajes para recibir a los embajadores de Micenas, que vienen a presentarle sus credenciales y a mostrarle sus respetos postrándose ante él. Su rostro resplandece con el fulgor de los dioses, el brillo que emana de sus ojos azules nada tiene que envidiar a los rayos lanzados por la corona de Helios cuando recorre el cielo arrastrando el sol en su carro. Antígona está extasiada contemplando a su padre, el hombre que colma de felicidad su vida y la de su familia, el soberano al que todo el reino vitorea y admira a ambos lados de la explanada que se extiende frente al palacio. Tebas bulle de agitación. Sus habitantes se agolpan, contenidos por la guardia, para jalear a la familia real,

para aclamar a su amado rey, para admirar la belleza madura de su reina y el esplendor sin mácula de sus cuatro hijos. Al acabar el desfile de embajadores y regalos delante de las escaleras, Edipo saluda a sus súbditos con solemnidad. El griterío es ensordecedor. Antígona no cabe en sí de orgullo cuando su padre le dedica una mirada solo para ella.

En el salón principal del palacio tiene lugar el acto oficial. Antígona y sus hermanos se han escabullido tras la pompa de la recepción y el posterior ágape a su escondrijo secreto, un lugar oculto detrás de los tapices de las paredes en el que nunca nadie se fija. Desde ese recoveco, en el resquicio que queda entre dos tapices, ven cómo Edipo, desprovisto ya de la solemnidad a la que lo obligan los rigores del boato, trata con los embajadores temas que parecen de suma importancia. A Antígona se le escapan los detalles de la reunión, pero no se pierde ni uno de los ademanes de su venerado padre.

∞

Antígona le puso pequeños pedazos de carne y de pan en la boca, y le acercó una vasija llena de vino a los labios. Cuando su padre los hubo masticado y deglutido tras un penoso esfuerzo, le limpió los trozos de comida que habían quedado enredados en su barba amarillenta y le secó el líquido rojizo que rezumaba de los largos pelos. El anciano, con las manos cruzadas sobre el regazo y los labios entreabiertos, se dejó hacer sin decir palabra. Tampoco dijo nada cuando Antígona le comunicó que Ismene había acudido para verlo. Solo cuando esta, entre ruidosos lamentos, se lanzó sobre su padre para abrazarlo, pareció que algo en el interior del anciano rey se removía. Tuvo suerte Edipo de no tener ojos con los

que ver, porque así evitó contemplar el horror reflejado en la cara de su hija. Una terrible consternación había apresado el ánimo de Ismene al ver el estado lamentable en que se encontraba su padre, al comprobar cuán distinto era del hombre al que había visto partir de Tebas. Comprendió al instante que su misión estaba encaminada al fracaso, que su padre, ni aun queriendo, sería capaz de volver a su ciudad, y mucho menos de interceder entre sus hermanos. Se había convertido en poco más que un esqueleto recubierto por una piel reseca, su cara era una máscara mortuoria adornada por dos grotescos vacíos donde antes hubo unos bellos ojos. Nada quedaba en él del monarca esplendoroso ni del progenitor protector que había sido no hacía tanto tiempo. Ismene cayó devastada a sus pies por la desesperación de no poder evitar la lucha entre sus hermanos y la tristeza infinita de la desventura de su padre. Antígona salió de la cabaña. Necesitaba aire, necesitaba estar sola pero, por encima de todo, Antígona necesitaba asimilar las preocupantes nuevas que traía Ismene.

Su hermana la había avasallado con un torrente de informaciones, a cuál más dolorosa. Le había hablado de la tristeza que reinaba en las calles de Tebas desde que la reina Yocasta, su madre, se había quitado la vida; del desconsuelo que se adivinaba en cada rincón de la ciudad tras saberse los crímenes aberrantes de su querido monarca; del dolor que apesadumbraba a sus habitantes por la disputa agria entre sus dos hermanos; de las sombras que se cernían sobre la ciudad ante la inminencia de la guerra. Pero más allá de estos funestos sucesos, lo que más le dolió a Antígona fue saber de Hemón, su amado Hemón.



Ismene, entre ruidosos lamentos, se lanzó sobre su padre para abrazarlo.

A él le había abierto de par en par el corazón y la carne, con él había descubierto los entresijos placenteros del amor, junto a él había vislumbrado una existencia plácida, fecunda, larga. Pero cuando se fue de Tebas se había obligado, contra todos los impulsos de su ser, a no pensar en su amado. El suplicio que le producía saber que su incierto viaje la alejaba, tal vez para siempre, de Hemón, era desgarrador, insoportable. No podía permitirse cargar en sus entrañas con más desdicha, debía reservar todas sus energías para cuidar de su padre, pero en esos instantes en que sus fuerzas flaqueaban y su amado se instalaba en su corazón como un recuerdo triste, Antígona se deshacía en un llanto que tardaba horas en apaciguarse.

A pesar de ello, el tiempo fue pasando y el alma de Antígona fue recubriéndose de una capa, fina al principio aunque cada vez más gruesa, que la protegía de los embates salvajes de la añoranza. Había funcionado: hacía mucho tiempo que no pensaba en él. Pero en solo un instante esa capa se había resquebrajado como el cristal: Ismene le había contado que Hemón, allá en la ciudad, sufría su mismo dolor, pero que no había sabido —o querido— alejarse de él. Hemón era un alma en pena, le dijo, la viva imagen de la tristeza. Había tratado por todos los medios de partir en busca de su amada pero, también por todos los medios, su padre se lo había impedido. Era, la de su progenitor, una sombra demasiado alargada, una influencia demasiado pesada sobre la voluntad del buen hijo. Antígona se había dado cuenta hacía tiempo: bastaba con pronunciar el nombre de su padre para que el cuerpo de su amado se tensara, su voz temblara, su mirada perdiera la luz. A ella, el nombre de Creonte también le

producía una sensación física, pero no era de respeto, ni de miedo. A Antígona, Creonte le daba escalofríos.

∞∞

—¿Qué es ese ruido?

Ismene, que dormitaba en el suelo de la cabaña junto a su hermana, a los pies del lecho que ocupaba su padre, se había despertado sobresaltada por unos sonidos que provenían del exterior. Antígona había conseguido caer por un breve instante bajo la influencia de Hipnos, pero abrió bruscamente los ojos. También ella oyó con claridad el alboroto.

—Quédate aquí con nuestro padre, no te muevas de su lado pase lo que pase —conminó a Ismene.

Decidida, cogió el candil que descansaba en la entrada y abrió la puerta. Aunque al principio le costó creer lo que veía, pronto fue consciente de que el peligro era real: frente a la cabaña había una veintena de soldados tebanos junto a sus monturas. Quien los comandaba no era otro que Creonte. Orgulloso sobre su caballo, su tío, el hermano de su fallecida madre, la miraba con unos ojos que brillaban bajo la luz de la luna con el mismo fulgor que los de un áspid a punto de inyectar su veneno.

—Bella Antígona, cuánto me alegro de ver que te encuentras en buen estado —dijo dibujando una sonrisa quizás en exceso afable—. No sabes cuánto he sufrido por tu incierta ventura, y no menos por la de tu padre.

Antígona intentó que su voz no desvelase su inquietud.

—¿Cómo nos habéis encontrado? —dijo mientras reparaba en que los soldados que Teseo había apostado frente a la cabaña habían desaparecido. Tuvo un mal presentimiento.

—Oh, Antígona, no me lo tengas en cuenta. Preocupado como estaba por ti y por tu anciano padre, mandé seguir a tu hermana, seguro de que ella acabaría dando con vosotros. Debes perdonarme, solo quería traeros de vuelta a Tebas, pues he descubierto el medio de salvar a tu padre de la ignominia.

Antígona no comprendía. Cuando el consejo decidió expulsar a Edipo, su cuñado Creonte no había hecho nada para evitarlo.

—El consejo ha levantado el decreto que lo condenó al exilio? ¿Has decidido tú actuar en su favor?

—Nada ha cambiado, sobrina mía, igual que nada pude hacer en su momento para mejorar la situación de tu padre. Sus crímenes fueron los más abyectos que pueden concebirse, tienes que entenderlo.

—Mi entendimiento acierta a discernir que fueron actos involuntarios, pues los llevó a cabo sin saber que lo hacía —replicó ella enérgica.

—Tal vez, pero no debes olvidar que fue parricidio lo que cometió al matar al rey Layo, pues era su padre, y que su crimen al desposar a la desdichada Yocasta fue incesto, porque era su propia madre. ¡Mi querida hermana! ¿En qué me convierte a mí ese comportamiento inasumible? ¿En su tío al mismo tiempo que su cuñado? ¿Qué eres tú de mí? ¿Quién puede decirlo? ¿Qué infame dislate es este?

El tono de Creonte había ido subiendo conforme avanzaba en su discurso. Antígona tuvo miedo.

—¿De qué salvación hablas, entonces? —se atrevió a preguntar de todos modos.

Creonte bajó de su caballo y se acercó a ella, quien bloqueaba con su cuerpo el paso al interior de la cabaña. Sus

rostros casi se tocaban cuando él, mirándola desde su notable altura, le dijo casi en un susurro:

—He tenido conocimiento de la profecía de Tiresias y he llegado a la convicción de que ahí está la oportunidad para que Edipo enmiende el terrible daño que han infligido sus crímenes a su familia y a su patria —su mirada se volvió oscura—. Si tu padre accediese a volver conmigo a Tebas para esperar allí, entre su amado pueblo, la hora de bajar al Hades, él recibiría la sepultura que su noble cuerpo merece y nosotros, la dicha profetizada.

Antes de que Antígona pudiese objetar razonamiento alguno, la puerta de la cabaña se abrió de golpe. Quien apareció bajo el quicio tenía el aspecto de un espectro, pero el vigor de una fuerza de la naturaleza: era el propio Edipo, que, habiendo escuchado la voz de Creonte, recobró unas fuerzas perdidas. Tras él, Ismene era la viva imagen del embarazo, pues su falta de prudencia había conducido allí a su peor enemigo.

—Eres mezquino, Creonte —le escupió Edipo con la voz cargada de un resentimiento acumulado durante años. A Creonte le costó reconocer en aquel anciano al que, no hacía tanto, había sido el esplendoroso rey de Tebas.

—Edipo, cuánto tiempo… No eres tú quien está en disposición de juzgar lo que está bien y lo que no. Deberías ser más benevolente con las faltas de los demás.

Antígona iba a intervenir para defender a su padre pero este la asió fuertemente del brazo para impedírselo. Dio unos pasos vacilantes hacia donde estaba el hermano de su esposa y le espetó:

—No te importa nada más que tu propia ambición, solo quieres mi cadáver, y si te lo puedo conceder cuanto antes,

mejor. De verdad piensas que mis restos podrán servirte para hacerte con el trono de Tebas? —Profirió una carcajada estridente, frente a la mirada perpleja del otro.— ¿Crees que los dioses no ven lo que pretendes, que no te castigarán por la desmesura de tu codicia? —dijo en medio de su risotada.

Antígona vio cómo la cara de Creonte se tornaba roja. Edipo había conseguido enojarlo.

—Tienes razón. No puedo llevarte a la fuerza sin ofender a los dioses, pero sé cómo convencerte para que vengas —masculló entre dientes.

Lanzando una mirada a las dos hijas de Edipo, agarró la espada que llevaba colgando del cinto. Al oír cantar el metal, la carcajada del ciego cesó en seco. Ismene rompió a llorar. Antígona tuvo que contenerse para no hacer lo mismo.

∞∞

Los centinelas que habían estado montando guardia frente a la cabaña junto al bosque de las euménides yacían inconscientes, tras un violento forcejeo, entre los arbustos circundantes. Sin embargo, uno de ellos había conseguido escapar y se había apresurado hasta Colono, donde se hizo con un caballo e informó a cuantos colonenses encontró por el camino de que los huéspedes de su rey Teseo estaban siendo atacados. El soldado huido emprendió al trote una rápida carrera hasta la cercana Atenas, para informar al monarca, mientras un abundante grupo de habitantes de la aldea se dirigía sin dilación hasta la choza, obedeciendo la palabra dada a Teseo. Si era necesario, sacrificarían su vida para salvaguardar a aquel anciano malhadado cuyo cuerpo habría de asegurar la protección para sus descendientes durante generaciones.

Antes de llegar al pie del soto, donde se alzaba el modesto refugio, escucharon alaridos. Los primeros que llegaron allí vieron cómo un hombre de aspecto severo y armadura noble, rodeado por un grupo de soldados extranjeros, agarraba por el cabello a una mujer arrodillada a sus pies, a la que amenazaba con una espada ante el llanto de otra muchacha. Desde la puerta del habitáculo, el viejo ciego se mantenía en pie agarrándose al marco, y se dirigía con voz quebrada al agresor:

—¡Jamás volveré a Tebas! ¡Que la furia de los dioses se cierna sobre ti! —Edipo parecía estar agotando las pocas fuerzas que había conseguido recuperar, sus piernas le fallaban, se agarraba a la madera con las dos manos.

A medida que se iba corriendo la voz, los habitantes de Colono que se acercaban a la escena podían contarse ya por docenas. Algunos portaban piedras, otros, palos de madera e incluso los más precavidos habían llegado provistos de dagas que refulgían bajo la luz de la luna. Los soldados tebanos, aunque alarmados por la muchedumbre cada vez más cuantiosa que tenían ante sí agitando palos y cortando el aire con los filos, intentaron cerrarle el paso, pero pronto las piedras empezaron a volar. La guarnición, en inferioridad y sabiéndose en un territorio ajeno, no pudo hacer otra cosa que contener el ataque con los escudos. Mientras esto sucedía, notando el frío de la espada en su cuello, Antígona le escupió a Creonte:

—Bastante ruin es que aproveches la desgracia de quien te quiso fraternalmente. ¿Hasta dónde piensas llegar? ¿Serás capaz de matarme a mí y a mi hermana? ¿Secuestrarás a mi padre para que muera donde a ti te convenga? ¿Y luego destronarás a Eteocles? —Antígona sintió el helado mordisco del metal en su piel.

—¡Cállate! ¿Qué sabes tú de todas esas cosas? ¿Tan mal has educado a esta hija tuya, Edipo, que se cree con el derecho de cuestionar lo que le queda tan por encima?

Creonte estaba dominado por la ira. Antígona notaba, presa del terror, que su sangre fluía ya fuera de su cuerpo, aunque lentamente, y veía a Ismene arrastrándose e implorando. De repente, de entre el alboroto de colonenses y soldados tebanos, se escuchó una voz que se alzaba sobre el estruendo:

—¡Teseo! ¡La guardia real!

Al oír el trote de los soldados del rey de Atenas, Creonte fue consciente al punto de que la situación no se resolvería a su favor. Actuó rápido: arrastró con brusquedad a Antígona hasta su montura mientras ordenaba a uno de sus hombres que se llevara a Ismene y se dispusieron a partir al galope. Cuando pasó por delante de Edipo, que suplicaba, llorando con sus ojos vacíos, que no les hiciera daño a sus hijas, le dijo:

—Volverás a Tebas tarde o temprano.

Edipo, acongojado, oyó cómo se alejaba sobre la tierra endurecida el galope de los equinos, aunque en realidad solo tenía oídos para los alaridos de Antígona e Ismene.

No duró mucho la huida de Creonte y de su menguado séquito: los hombres del monarca ateniense eran más, sus monturas, más veloces, sus armas, más afiladas. Pronto les dieron alcance y Teseo, que lideraba el escuadrón, se lanzó el primero al ataque. Creonte dijo a los suyos, orgulloso, que era mejor luchar antes que ceder mansamente y los envió a una refriega desigual: de la decena escasa que se enfrentó a los numerosos hombres de Teseo, solo tres conservaron la vida. Viéndose sin salida, el soldado que apresaba a Ismene no dudó en soltarla para salvarse, pero Creonte se dio de nuevo a la fuga antes

que renunciar a Antígona, pues creía que con la hija menor de Edipo podría llevar a cabo su plan. Teseo galopó tras él, seguido de sus soldados. Corrían enloquecidos. Creonte perdía terreno, pues llevaba más peso y no podía manejar bien las riendas. Teseo ya se acercaba con sangre en la mirada. El tebano comprendió que no tenía otra opción que dejar escapar su presa. Suavizó el paso para dejarla caer. En cuanto la hubo liberado, espoleó a su caballo y volvió a emprender la carrera. El sol comenzaba a despuntar en el horizonte.

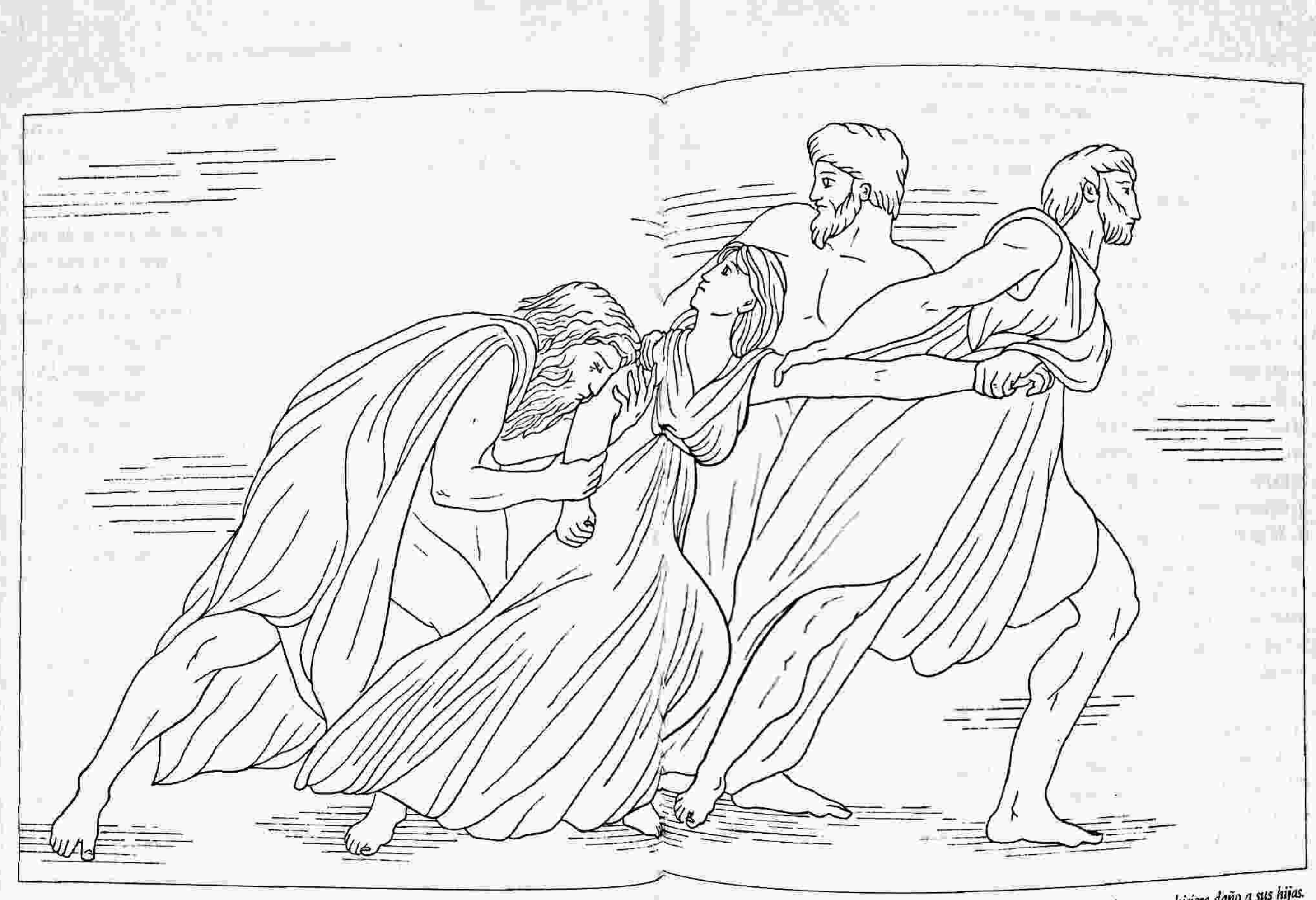
◦◦◦

Las fuerzas que había recobrado Edipo ante la presencia de Creonte se habían esfumado para no volver jamás: el anciano se sentía ahora aún más débil. Yaciendo en su lecho, febril y bañado en sudor, el antiguo monarca deliraba frente a la mirada impotente de sus hijas, que no podían hacer más que prodigarle caricias y palabras de consuelo, de humedecerle los labios con una tela empapada en agua, de estar a su lado mientras su mente viajaba al pasado por recovecos en los que les era imposible seguirle.

Edipo volvió entonces su cara sin ojos hacia Antígona: pareció que desde sus cuencas huecas podía ver a su hija como si su mirada no estuviese cegada. En el rostro del anciano apareció una sonrisa plácida, sus manos agarraron mansamente las de la joven y, con una voz dulcísima, que ella no recordaba haber oído desde que era niña, pronunció unas palabras que atravesaron el corazón de las hermanas igual que una certera lanza:

—Yocasta, amada Yocasta… ¿Eres tú, mi amor?

Al escuchar a su padre invocando el nombre de Yocasta como si estuviese viva, Ismene recostó su cabeza sobre el



Creonte arrastró a Antígona mientras Edipo suplicaba que no hiciera daño a sus hijas.

regazo de su padre y rompió a llorar sin consuelo. También Antígona lloró, pero en silencio. Miraba a su padre con una infinita piedad mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Su dolor se hizo más intenso al recordar a su madre: Yocasta, la reina de serena belleza y corazón bondadoso a la que toda Tebas quería, la madre a la que sus hijos adoraban y a la que su esposo amaba con un sentimiento intenso, infinito. Revivió, con el alma descompuesta, los últimos días de la vida de la soberana antes de que la tragedia ajara el color de su existencia. Fueron unos días en que, preocupada por la peste que castigaba la ciudad, ordenó abrir las puertas del palacio para acoger a los niños huérfanos. A Antígona, igual que a sus tres hermanos, le impresionó la fuerza y la valentía de su madre: la reina en persona se mezcló entre sus gentes para repartir alimentos y medicinas, para consolar a los enfermos y dar sepultura a los fallecidos, para ayudar a los necesitados.

Mientras el agonizante Edipo seguía inmerso en su delirio, Antígona recordó el caos que se apoderó de Tebas en esos ya lejanos y funestos tiempos. La ciudad estaba siendo golpeada no solo por la epidemia, sino también por la actitud errática de su rey: ¿qué le sucedía al justo Edipo, por qué estaba vaciando las casas de hombres y llenando las mazmorras del palacio con ellos? ¿Qué era aquello tan terrible que manchaba de enajenación su bondadosa mirada azul?

Turbada, Antígona había bajado una noche a las celdas, en una de sus incursiones a los secretos de la vida real que le estaba vetada, para tratar de hallar respuestas. Agazapada tras una columna, oía con lacerante claridad las súplicas de los detenidos. Uno de ellos gemía sin consuelo, quebrado por el suplicio, hasta agotar la paciencia del carcelero. Golpeando en los

barrotes de su celda para molestarlo, el guardia le gritó: «¡Layo, Layo! ¿Eres tú el asesino de Layo? ¡Confiesa y nuestro rey te sacará de tu miseria para siempre y a nosotros nos dejará en paz de una vez!». Así pues, razonó Antígona, la obsesión que consumía a su padre era encontrar al asesino del anterior monarca de la ciudad, cuya identidad nunca se había descubierto. Pero ¿por qué se preocupaba de ello tanto tiempo después?

Durante los días que siguieron, la desolación y la incertidumbre no abandonaron las calles de Tebas ni las estancias más recónditas del palacio. Antígona no osaba hablar con su padre, cuya agitación era evidente. No había en su voz rastro alguno de su bondad, su mirada se había vuelto dura, se encerraba en soledad durante largas horas en amplios salones y daba la orden de no dejar entrar a nadie. Antígona vagaba por la residencia con el corazón en vilo; tampoco sus hermanos ni su madre parecían saber cómo actuar ante el comportamiento inusual de Edipo. Una vez que Yocasta, durante la cena familiar, había tratado de acercarse a su esposo con palabras amorosas, este le había respondido con una brusquedad salvaje que los dejó a todos helados. Nadie se acabó la comida.

Antígona estaba dispuesta a averiguar qué tenía que ver el asesino de Layo con el estado de ánimo de su padre, y la respuesta le llegó por azar, una noche, en la escalinata principal del palacio. Allí estaba ella, sentada y absorta en sus preocupaciones, cuando dos de los miembros del consejo de ancianos abandonaron la residencia sin reparar en su presencia. En su descenso por los escalones de mármol, Antígona escuchó sus palabras: «¿Crees de verdad —dijo uno de ellos— que la profecía de Tiresias es cierta?». «Más nos vale —respondió su compañero—; si lo que el oráculo le profetizó a nuestro rey es

cierto, no estaremos libres de calamidades hasta que el asesino de Layo sea descubierto y expulsado de Tebas. Y Edipo no volverá a recuperar el juicio hasta conseguirlo».

◊◊◊

Al cabo de unos días, en medio de un caos violento e inusitado, Antígona fue encerrada a la fuerza, junto a sus hermanos, en la sala del trono.

—¿Qué ocurre? —había preguntado, agitada, al soldado que la apresó.

—El asesino de Layo ha sido descubierto —respondió el otro fríamente, evitando mirarla mientras la arrastraba por los pasillos.

Antígona nunca había podido olvidar lo que vio cuando fue arrojada dentro de aquella sala: sus tres hermanos se lamentaban, fuera de sí, en una esquina; sus sollozos helaban el corazón. En medio de la estancia, sobre una gran mesa de mármol, reposaba el cuerpo de su madre, inerte. Tenía la cara azul. La lengua, hinchada, le sobresalía de la boca. Alrededor del cuello tenía anudada una larga tela blanca. Yocasta se había quitado la vida. Al verla, Antígona creyó que sus pulmones se vaciaban de aire. Intentó acercarse, pero cada paso le clavaba una daga en las entrañas y le producía un dolor desgarrador que subía por su pecho hasta agarrotarle la garganta. Tenía ganas de gritar, pero no tenía voz para ello. Solo alcanzó a decir:

—Mi padre…

Casi ni oyó a Creonte cuando entró a grandes pasos en la sala. Su severo tío, siempre acre, siempre entero, tenía en aquella ocasión el rostro arrasado por las lágrimas:

—Tu padre está preso.

3



El trueno de Zeus

La algarabía provenía de uno de los muchos meandros que el Dirce tenía a su paso por Tebas. Un coro de voces joviales y de risas estruendosas se escapaba mucho más allá del cauce del río. En el epicentro del alegre barullo, dos chicos y dos chicas se bañaban desnudos, chapoteaban sin mesura y se hundían unos a otros dentro de las aguas, de las que emergían con grandes sonrisas dibujadas en sus hermosos rostros. El mayor, Eteocles, tenía una presencia imponente gracias a sus desarrollados músculos, a sus facciones angulosas, a la mirada intensa que lanzaba desde sus ojos oscuros; su voz era solemne. Polinices, el segundo, alto y nervudo, lucía una mata rizada de cabello rubio, una mirada azul transparente y, también, una voz grave. El cuerpo de Ismene, la tercera de la familia, era cálido y sinuoso, henchido de una carne prieta que repartía entre sus caderas generosas, sus piernas torneadas, sus pechos plenos; su cara era agrada-

ble y ovalada, y sus ojos, azules como los de Polinices, se escondían tras unas pestañas largas que le conferían un aspecto tierno. Antígona, la menor, era también la más menuda, de complexión magra aunque mucho más fuerte de lo que su enjuto aspecto hacía suponer. Sus ojos inquietos lo observaban todo, su pensamiento ágil lo entendía todo.

Tras el baño se echaron sobre la hierba, se repartieron las viandas que habían traído consigo y dormitaron despreocupados exhibiendo sin pudor sus cuerpos jóvenes bajo el sol tebano. Al despertar, redobladas sus ansias juguetonas tras el descanso breve y tras vestirse a toda prisa, comenzaron a corretear por los prados y los campos que tapizaban la tierra que separaba el río de los muros de su ciudad. Absortos en su propio bullicio, sus zancadas, puntuadas por estridentes carcajadas y gritos de júbilo, los llevaron no hasta las puertas de Tebas sino hasta el acantilado donde, muchos años atrás, su padre venció a la esfinge, la bestia maligna que hasta su llegada había devorado a cuantos habían tratado de resolver, sin éxito, su acertijo. Cuando se dieron cuenta de dónde estaban, los cuatro sintieron una emoción profunda: hacía mucho tiempo que no visitaban ese lugar, uno de sus sitios favoritos cuando eran niños. Allí habían reproducido incontables veces la escena, que para los tebanos era una leyenda que servía para engrandecer la figura de su rey y para ellos, un relato familiar que cuando eran pequeños no se cansaban de escucharle a su padre. Muchas veces la habían representado en sus juegos infantiles, alternándose los roles, pero el resultado siempre era el mismo: quien hacía de esfinge simulaba su caída al vacío ante el gesto triunfal de su oponente, al que todos vitoreaban. Hacía años que no se divertían recreando el momento y ahora, en su adolescencia, les divertía la intensidad de aquel recuerdo y, sin necesidad de hablarlo, decidieron repetirlo. De manera natural Eteocles se quedó con el papel de Edipo y Polinices con el de la esfinge; Antígona e Ismene se convirtieron en privilegiadas espectadoras.

—¡Cuidaos del precipicio! —dijo Ismene, que sufría ante la cercanía de la peligrosa caída. Sus dos hermanos la ignoraron como quien pretende aislarse de un ruido molesto.

Bien erguido, Polinices impostó una voz exageradamente grave, algo burlona:

—¿Quién eres, mortal? ¿Osas desafiarme?

—Soy Edipo y no te tengo miedo. ¡Voy a derrotarte! —la mirada de Eteocles era seria, tal vez en exceso.

—Muchos antes que tú lo han intentado y todos fracasaron. ¿Por qué vas a ser diferente, miserable humano? —Polinices no podía evitar que le divirtiera la seriedad con que su hermano se tomaba el juego. Eteocles, molesto, se dio cuenta de ello.

—Porque soy el más inteligente entre los hombres. ¿Cuál es tu acertijo, bestia despreciable? —dijo mientras daba un enérgico paso adelante que hizo retroceder a su hermano.

—¿Qué ser camina de pequeño a cuatro patas, a dos cuando crece y, al envejecer, lo hace sobre tres? ¡Responde o muere!

Eteocles ya dibujaba una sonrisa triunfal en su rostro y se disponía a dar la conocida respuesta que todo tebano celebraba como propia de su ingenio: «¡el hombre!». Sin embargo, no llegó a abrir la boca. En su ímpetu había forzado a Polinices, sin darse cuenta, a retroceder hasta estar demasiado cerca del borde de la roca, donde la tierra era inestable.

Un terrón se resquebrajó bajo sus pies y el joven resbaló. Ismene y Antígona lanzaron un alarido de pánico. Solo los rápidos reflejos de Eteocles salvaron a Polinices de precipitarse a una muerte segura: de un salto, se lanzó hasta el borde y agarró con fuerza la mano de su hermano. Polinices, con los pies en el vacío y el terror en los ojos, gritaba su nombre.

Eteocles lo tenía bien sujeto. Comenzó a tirar de él. A pesar de su vigor, el esfuerzo que debía hacer era mayúsculo. Tenía la vida de Polinices en sus manos, la vida de su hermano menor, que un día podría interponerse en su camino al trono. Una nube cruzó su mente. «Si lo suelto —pensó casi sin quererlo—, si finjo que se me ha escurrido, nada impedirá que sea el rey de Tebas». Las sombras del pensamiento se proyectaron en sus ojos, que se oscurecieron como si la noche hubiese caído sobre ellos. Su hermano advirtió su repentina turbación y, al notar que la presión de las manos se relajaba, bramó con furia, haciendo que Eteocles despertara de golpe de sus ensoñaciones malsanas:

—¡Eteocles! ¡No me dejes!

Antígona llegó a la carrera y agarró también a Polinices. Tras un forcejeo agónico, consiguieron entre los dos elevarlo hasta la roca. Eteocles se dejó caer en el suelo, resollando y temeroso de sus propios pensamientos. Polinices se había quedado arrodillado, estremecido por haber sentido tan cerca la muerte pero, sobre todo, por el veneno que había visto en el semblante de su hermano. Ismene tenía la boca abierta, igual que los ojos redondos y enormes; estaba paralizada por el terror. Antígona trataba de recuperar el aliento. Miró a Eteocles y le pareció que no conocía a su propio hermano. Nadie se atrevía a decir nada sobre lo que había pasado, sobre lo que podría haber llegado a pasar; sin embargo, algo se había roto para siempre entre ellos.

∞

La noticia de que un extranjero estaba postrado como suplicante en un altar cercano consagrado a Poseidón y que pedía hablar con Edipo pronto llegó al conocimiento de sus dos hijas, que desde hacía días se alternaban en los cuidados de su padre. El antiguo monarca había recobrado algo de vitalidad y, asido a Antígona e Ismene, era capaz de salir a dar cortos paseos cerca del bosque sagrado.

—Quiero ver con mis propios ojos quién viene desde lejos para hablar con nuestro padre y saber qué es lo que pretende —dijo Antígona en voz baja a su hermana para no perturbar el frágil ánimo de Edipo.

Partió montando el caballo de Ismene por el camino que llevaba hacia Colono. Antes de llegar a la aldea, torció para encaminarse al templo erigido en honor al señor de los mares. Ya desde lejos, reconoció una figura familiar: era Polinices. La angustia de los últimos días había hecho mella en la muchacha y por un instante dejó a un lado el resentimiento, descabalgó a toda prisa y se abalanzó sobre él. Se fundieron en un abrazo formidable, lleno de ternura. Sobre su pecho, Antígona lloró todo el pesar acumulado desde que había partido de Tebas; también lo hizo Polinices, escondiendo su cara entre la cabellera oscura de su hermana. Pasaron así un largo rato.

Secándose los ojos con el dorso de la mano, Antígona se recompuso y le preguntó a su hermano mayor por qué había ido hasta Colono, si pretendía sacar provecho de la

desgracia de su padre igual que Creonte. Polinices sintió muy dentro la brusquedad con que su hermana lo cuestionaba. Pese a lo mucho que amaba a su hermano y a la felicidad de tenerlo allí, la muchacha no podía olvidar que, junto a Eteocles, había aceptado sin protesta que Edipo fuese desterrado.

—Necesito verlo. Solo él puede ayudarme —dijo Polinices con toda sinceridad.

—Después de abandonarlo como a un perro, ahora todos lo buscáis —la rabia se abría paso en ella.

—Te lo imploro: llévame ante él, convéncelo para que me reciba... —En la mirada de Polinices había un dolor que no podía ignorarse.

Antígona estaba rota por dentro, agotada. No tenía ánimos para seguir debatiéndose.

—Sígueme, pero no esperes su compasión ni tampoco la mía —le espetó con brusquedad. Subió al caballo y, sin mirar atrás, se dirigió de vuelta a la cabaña. Sus ojos estaban enrojecidos por el llanto que trataba de contener.

Antígona e Ismene esperaron fuera. Así se lo había pedido Edipo después de conocer la identidad de aquel que solicitaba hablar con él. Sin mostrar emoción alguna al saber que su hijo estaba al otro lado de la puerta, el anciano ciego había accedido a recibirlo. Cuando Polinices entró en el habitáculo, se derrumbó frente a su padre, poseído por un desconsuelo tremendo. Edipo no movió ni un músculo ante su congoja. Su rostro mutilado era una máscara inexpresiva. Así los dejaron: Edipo recostado a los pies de su lecho, Polinices postrado ante él, balbuceando palabras de disculpa que a Antígona le parecían verdaderas. Antes de salir,

aún pudo ver cómo Polinices trataba de acariciar las mejillas de su padre, que apartó el rostro al notar el contacto de la mano. Cerró la puerta.

Durante un rato, que se hizo eterno, del interior de la cabaña no salió sonido alguno. A medida que el tiempo pasaba, esa quietud iba sembrando de intranquilidad el ánimo de las dos mujeres. Y tenían motivos. Cuando menos lo esperaban, restalló el sonido de una vasija haciéndose añicos, y los gritos mayúsculos proferidos por Edipo inundaron el aire. La puerta de madera se abrió de golpe. Apareció Polinices con el rostro demudado; tras él, de pie y con un dedo desafiante, señalándolo, se encontraba un colérico Edipo:

—¡Mal hijo! —bramó—. ¡Yo te maldigo! ¡Os maldigo a ti y a tu hermano!

Antígona e Ismene quisieron intervenir para sosegar a su padre, que se las quitó de encima con un gesto brusco. Polinices no decía nada, no trataba de repeler el ataque verbal de Edipo, solo mantenía la cabeza gacha. Su padre prosiguió con la diatriba.

—¡Nunca, escúchame bien, nunca marcharé con un ejército extranjero contra mi propio reino! ¡Así mueras por mano de tu hermano y muera él por la tuya antes de que partáis la ciudad de Tebas en dos! —Edipo estaba rojo de ira. El anciano dio un portazo terrible; un silencio perturbador cayó sobre el bosque.

Antígona acompañó a su hermano hasta su caballo. Polinices se mostraba desolado.

—Debo volver a Argos. El ejército está esperando mi llegada para partir hacia Tebas.

—Hermano, te lo suplico: ¡abandona tu idea, haz desistir

a los argivos, no te destruyas, no destruyas la sangre de tu sangre, no arruines Tebas!

—Hoy Eteocles únicamente me ha humillado, pero mañana querrá mi muerte para acabar con su mayor amenaza. Si no me enfrento a él ahora, mi vida correrá siempre peligro.

—Vuestros actos os precipitan a los dominios de Hades. Si continuáis con esta locura, uno de los dos morirá a manos del otro. O quizás acabéis muertos los dos. ¿No temes la maldición que te ha lanzado nuestro padre? —A Antígona le caían las lágrimas a borbotones. También a Polinices.

—Claro que la temo, pero nada puedo hacer para evitarlo. Mi destino está sellado, aunque yo ignore la dirección que tomará. Si tengo que morir, que así sea —abrazó con fuerza a Antígona, que se rindió en sus brazos—. Solo a ti, bellísima hermana mía, que eres firme como un roble, puedo hacerte una petición muy especial. Si caigo en la batalla, honra mi cuerpo como es debido, dispensándole los ritos para que mi alma pueda entrar en la casa de Hades, pues temo que el encono de nuestro hermano ciegue su corazón y sea incapaz de compadecerse ni siquiera de mi cadáver. Perdóname por todo el mal que te he causado.

Antígona miró con los ojos empañados a los de Polinices. Tenía la amarga sensación de que nunca volvería a verlo con vida, a escuchar su voz, a perderse en su mirada. No hizo falta ninguna palabra para que este supiera que, si llegaba el funesto momento, podía contar con ella.

Se separaron, no sin dificultad, y el joven subió a su caballo. Mientras lo veía alejarse hacia el norte, Antígona sufrió también por Hemón, que iba a tener que arriesgar su vida, tendría que luchar junto al ejército de su ciudad para defen-

derla de las tropas enemigas. ¡Cuánto dolor esperaba a Tebas, *cuánta* destrucción! Abstraída en sus oscuros pensamientos, no se dio cuenta de que el cielo, hasta ese momento de un azul intenso, se cubría de un manto espeso de negrura. Notó un frío repentino y, cuando miró hacia arriba, un estruendo colosal salió de entre las nubes y quebró la tarde. Fue al escucharlo cuando Antígona recordó con un estremecimiento cómo continuaba la profecía de Tiresias: Edipo sabría que el momento de partir hacia el más allá habría llegado cuando Zeus enviase su señal en forma de trueno. Antígona se dejó caer de rodillas, descorazonada por la certidumbre de que su padre, ahora sí, llegaba ya al final de su camino.

◇◇

Teseo, escoltado por la guardia real, había tardado poco en llegar a la cabaña, atravesando la espesa cortina de lluvia y granizo que se había desatado a continuación de aquel trueno en el que todos leían el designio divino. Dentro se encontró a un Edipo sereno, dispuesto a dar cumplimiento a su destino. A su lado, llorándole, estaban sus dos hijas, que a pesar de las palabras con las que el anciano trataba de sosegarlas, no conseguían detener su caudal de aflicción. El viejo rey le dio un beso en la frente a cada una y les dijo:

—Hijas mías, dejad que ahora sea yo quien os guíe hacia el bosque, donde me despediré para siempre de vosotras.

Se levantó y avanzó entonces, decidido, hacia Teseo, que se había quedado bajo el dintel de la puerta.

—Honorable soberano, ha llegado el momento de que te devuelva el favor de tu hospedaje. Ahora te llevaré al lugar donde debo morir, pero, para que se hagan ciertas las

bendiciones que deben caer sobre ti y los tuyos, tienes que hacerme una promesa.

—Dime cuál es.

—Debes prometerme que a nadie revelarás, ni tan siquiera a mis hijas, el lugar donde darás sepultura a mis restos. Y que solo al final de tu larga vida se lo confesarás al mejor de tus hombres, que habrá de guardar el secreto también hasta el final de la suya, para descubrirlo entonces, del mismo modo, a su hombre más valioso. Si obras así, los dioses estarán por siempre agradecidos a Colono y sus gentes y les serán siempre beneficiosos.

La voz de Teseo resonó con gravedad:

—Así te lo prometo, noble Edipo.

El anciano franqueó entonces la puerta y, sin ayuda alguna, se encaminó al bosque sagrado. Aunque sus ojos no veían, sus pasos eran seguros, como si lo precediera el mismo Hermes, el mensajero de los dioses, que también guiaba las almas de los muertos hacia las puertas de Hades. Iban tras él, bajo la pertinaz lluvia, Antígona, Ismene y Teseo. Cuando el grupo llegó al bosque sagrado de las euménides, Edipo se sentó en la roca donde había descansado unos días antes y pidió agua para purificar su cuerpo. De un manantial cercano trajo Antígona un cuenco lleno, con el que el anciano pudo hacer unas libaciones. Preparado para partir hacia la morada definitiva, se dirigió por última vez a sus dos devastadas hijas:

—Querida Antígona, querida Ismene, no podéis haber recibido de nadie un amor mayor que el que tengo por vosotras. —Y se fundieron los tres en un gran abrazo. Los plañidos de las muchachas aún no habían cesado cuando un nuevo trueno restalló en el cielo. El viejo rey se soltó, con esfuerzo, de



Los tres se fundieron en un abrazo cuando un segundo trueno restalló en el cielo.

aquellos brazos estimados y, caminando junto a Teseo, se alejó por un estrecho sendero que penetraba en el bosque. Ismene se fue corriendo por donde había venido, incapaz de respirar por causa de la angustia, de las lágrimas, de los gemidos que se le atropellaban en la garganta. Antígona se quedó, y contempló la figura de su padre desapareciendo en la espesura. Al cabo de poco rato la tormenta cesó, las nubes se abrieron y un sol cegador lo inundó todo con su luz inesperada.

◇◇◇

Hasta el momento en que avistó Tebas, después de tanto tiempo, Antígona no fue consciente de cuánto echaba de menos su ciudad. Cabalgaba junto a su hermana a lomos del caballo que le había proporcionado Teseo. La travesía desde Colono había sido desoladora. ¿Cómo acostumbrarse sin más a la ausencia de su padre? Le dolía no poder hacer ofrendas a los dioses ante el lugar donde descansaba su cuerpo: cumpliendo la palabra dada, el rey de Atenas no se lo había revelado. Pero, por otro lado, Antígona notaba cómo su corazón palpitaba, feroz, ante la cercanía no solo de su patria sino de Hemón. Desde que habían emprendido el trayecto de vuelta, había abierto de par en par las compuertas tras las que mantenía encerrados los sentimientos hacia su amado, y ahora, viéndose tan próxima a él, fluían como un torrente desbocado que parecía manar de su interior por todos los poros de su cuerpo.

Se reencontraron después de que las dos hermanas cruzaran la puerta principal de la muralla rodeadas por un silencio tenso, de que atravesaran las calles de la ciudad con la sensación de que su presencia imprevista era recibida por los tebanos con una mezcla de alegría reprimida y temor silencioso. Había corrido la voz de que las hijas de Edipo regresaban a Tebas y Hemón tuvo la certeza de que Antígona iría a encontrarlo donde en tantas ocasiones habían compartido su intimidad, en un campo de espigas cercano a su hogar. Cuando se plantó ante él, pensó que era una aparición: tan bella la vio, tan irreal, tan inalcanzable. Solo cuando los brazos de ella rodearon su cuerpo y sus labios ardientes devoraron su boca se permitió darse cuenta de que estaba allí, de que su amada Antígona había vuelto. Protegidos por la frondosidad, se acoplaron como lo habían hecho antes de que el infortunio los golpeara. Saciaron su amor una y otra vez. Arrullada contra su pecho, bajo el peso de su cuerpo, encajada en su carne, Antígona se olvidó de todos los tormentos que había padecido. Se miraron a los ojos y se prometieron amor eterno. Sellarían ese amor en un matrimonio que celebrarían lo antes posible. Lo juraron.

◇◇◇

Cuando Antígona llegó al palacio real, le sorprendió la frialdad con que Eteocles, ahora monarca, la recibía. Ella lo abrazó esperando encontrar en él algún sentimiento frágil, quizá pena, tal vez cariño. A pesar de sus desavenencias y de que su hermano siguiera convencido de lo infame de los crímenes de su padre, aquel hombre que les había dado la vida acababa de morir. Sin embargo, Eteocles le devolvió el gesto con desafecto, sin dejar ningún resquicio para delicadeza alguna en su mirada. A Antígona también le chocó que junto al rey estuviese en todo momento su tío Creonte. Cuando lo vio allí, sintió frío en todo el cuerpo y se le erizó el vello de la espalda, pero, como desconocía si Eteocles era sabedor o incluso cómplice del altercado en Colono, se mostró pru-

dente, lacónica. El rey ni siquiera inquirió a Antígona por el destino de su padre, sino que le preguntó sin ambages:

—¿A qué has venido? ¿Pretendes convencerme de que le ceda el trono a Polinices?

—No, hermano. Que seas tú o él quien ocupe el trono que le usurpasteis a nuestro padre no es algo que me incumba. —Eteocles torció el gesto—. Lo que sí pretendo es evitar que vayas a la guerra contra tu propia sangre.

—¿Temes por su suerte y no por la mía? Yo también soy tu sangre y además el rey de tu ciudad.

—Me preocupa la suerte de los dos. Vuestro enfrentamiento no puede tener vencedores, sino solo vencidos.

—Grandes palabras, hermana. No puedo estar más de acuerdo con ellas. Pero hablas solo con las entrañas. Te muestras preocupada por tus hermanos y te olvidas de tus hijos: los hombres y las mujeres de Tebas. Impedí el ascenso de Polinices porque carece de espíritu, de alma para gobernar, porque es incapaz de exponerse, de tomar decisiones terribles, de llegar adonde fuera necesario para proteger a su ciudad. Nuestro hermano podía haber mostrado su valía de muchos modos; sin embargo, se ha alzado en armas contra su propia gente, se ha convertido en un traidor. Quiere guerra y guerra tendrá. Yo defiendo la ciudad, él la ataca. Pero, ¿qué sabes tú, muchacha? ¿Qué quieres entender de todo esto?

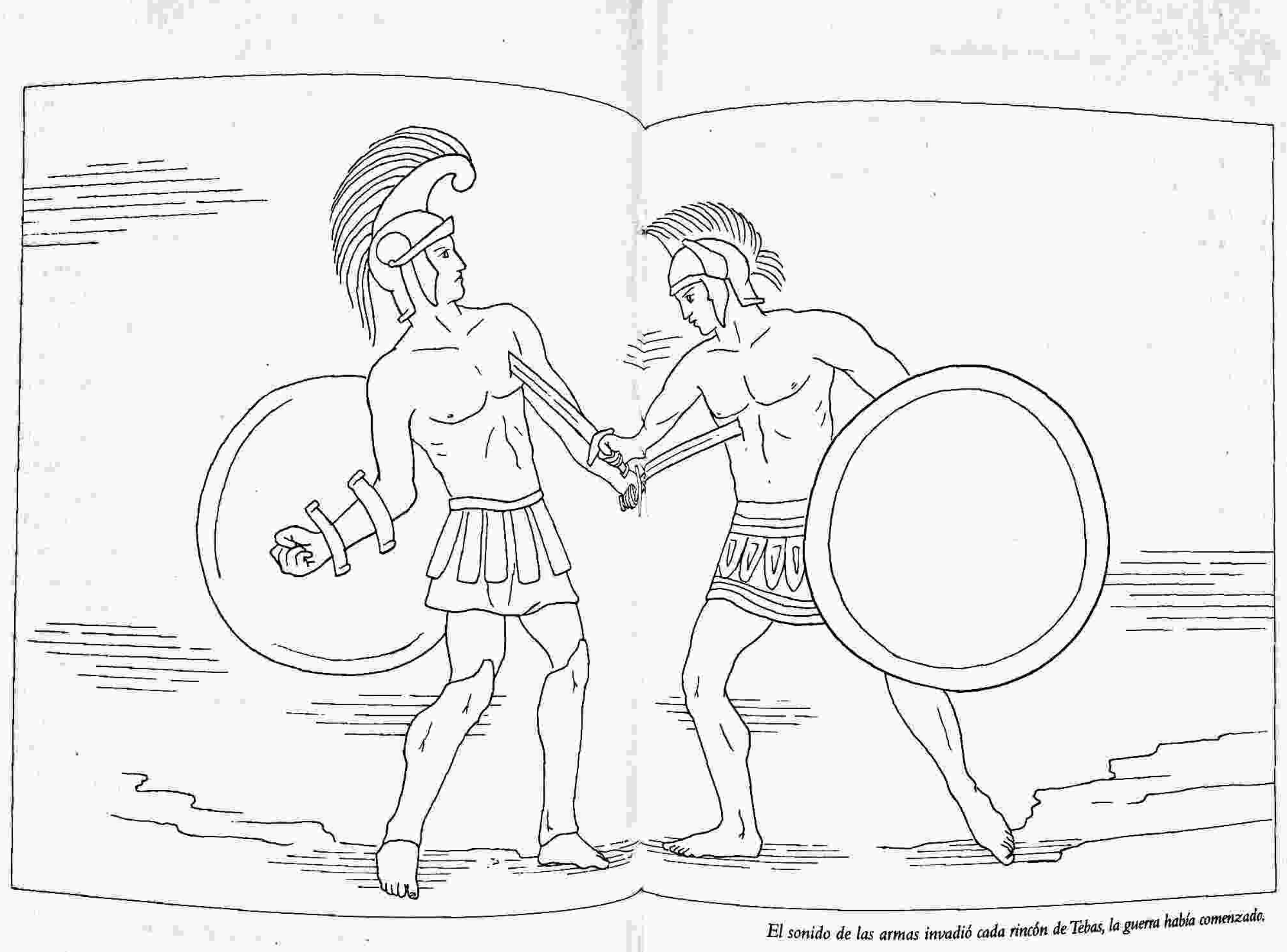
Después de escupir aquellas palabras injustas, dardos destinados a herir, la despidió de malos modos para continuar despachando con Creonte. Antígona salió huyendo de la sala sin poder evitar que el llanto la arrasara. Ya no reconocía a su hermano. ¿Quién lo había envenenado? ¿Quién lo había convertido en una bestia sin sentimientos? Corría por los pasillos

desgarrada, buscando un culpable, pero bien se daba cuenta de que no lo había, de que Eteocles siempre había sido así.

◇◇◇

Fue un temblor escasamente perceptible al principio, pero a medida que fue creciendo, la agitación se apoderó de la ciudad. Los centinelas dieron el aviso: un ejército proveniente de Argos, frente al cual se erigían siete paladines que lideraban a centenares de soldados, se acercaba a gran velocidad. Desde una cámara anexa al palacio, Antígona e Ismene vieron cómo los soldados se preparaban para la defensa, cómo se aprestaban a proteger las puertas de la ciudad, cómo empuñaban sus armas con determinación y al mismo tiempo con temor. Antígona fue a buscar a Hemón para tratar de convencerlo de que no se uniera a la lucha, pero no había rastro del amado, ni de Creonte. En su camino encontró a la madre de su prometido, la bondadosa Eurídice. Ante la muerte que acechaba tras los muros de Tebas, oraba frente al templo de Zeus para que la desgracia esquivase a los hombres de su familia y a todos los tebanos. Antígona sintió una empatía profunda por el padecer de la mujer, comprendiendo la congoja que la oprimía ante la inminencia de la desgracia. Se colocó a su lado y también ella invocó la misericordia de los dioses: lo hizo por Hemón, por Ismene, por la suerte de sus compatriotas, incluso por ella misma pero, por encima de todo, pidió que la maldición que su padre había lanzado contra sus hermanos no se cumpliera. A lo lejos, el sonido de las armas restalló, invadiendo cada rincón del aire frágil de Tebas: la batalla había comenzado.

Después de varias jornadas de confrontación a las puertas de la ciudad en el espacio de larguísimas horas —que se



El sonido de las armas invadió cada rincón de Tebas, la guerra había comenzado.

vivieron con angustia murallas adentro, con las mujeres, los ancianos y los niños refugiados en la acrópolis, con carretadas de soldados heridos y muertos llenando las calles—, el alboroto cesó. En el ambiente quedó flotando un fétido aroma de muerte y por encima de las casas tebanas se hizo un silencio insoslayable, rayano en la desesperación. En los semblantes de Antígona e Ismene, escondidas en el palacio, se había instalado la incertidumbre. ¿Cuál de los dos contendientes se había alzado con el triunfo? ¿En manos de quién estaba ahora el devenir de Tebas? Con el corazón en un puño, Antígona salió a las calles para tratar de averiguar el destino de sus hermanos. Llegando ya a las murallas, oyó que un grupo de tebanos proferían unos gritos en los cuales se contenía la amarga respuesta que tanto temía: «¡Eteocles ha muerto! ¡Polinices ha muerto! ¡Creonte será el rey!» Al oír aquellas noticias, sintió que sus miembros pesaban y no podían moverse, que el aire no lograba entrar en su pecho, que su cuerpo entero se convertía en piedra.

4

Muerte frente a Tebas

Más allá de las hojas abiertas de la colosal puerta dedicada a Electra había una quietud densa, acrecentada por la canícula del verano griego. Pero en el aire de Tebas millones de partículas grisáceas en suspensión impedían el paso diáfano de la luz solar, y no había rastro alguno de las esencias frescas y vivas que solía transportar la brisa. Al contrario: la atmósfera se había tornado sofocante, casi irrespirable. El ambiente estaba preñado con el hedor pegajoso de carne quemada. De carne humana. La espesa fetidez emanaba de los centenares de cadáveres que los tebanos habían lanzado a las llamas tras la cruenta batalla que había tenido lugar frente a las puertas de la ciudad. Eran los restos sin vida de los soldados de Argos, cuerpos perforados por lanzas certeras, mutilados por espadas afiladas y reducidos ahora a cenizas por un fuego que solamente había sido clemente con sus huesos, que se amontonaban formando una tétrica aglomeración: las

calaveras ennegrecidas se agolpaban junto a fémures que sobresalían orgullosos de la pila mortuoria, los costillares abrazaban con sus formas envolventes tibias y peronés huérfanos de piernas, los espinazos se descuajaban al no tener espaldas que sostener. Los pocos despojos que aún no habían sucumbido a los embates de la fogata esperaban inermes a que sus compañeros de armas los retirasen para devolverlos a su tierra; los escasos supervivientes argivos de la batalla no daban abasto para cargar los cadáveres de sus compatriotas sobre los carros en los que días atrás acarreaban armas, víveres y confianza en su victoria. Los tebanos les habían permitido salvar del fuego a tantos cuerpos como pudiesen retirar, menos a seis: los seis caudillos que habían osado liderar a su ejército contra la orgullosa Tebas.

Esos seis cuerpos se habían estado descomponiendo durante dos días y dos noches ante la ciudad que, en vida, habían venido a profanar. Ahora no eran más que despojos gangrenados de cuyas heridas había manado una sangre que servía de alimento a los insectos que, por miles, acudían a saciar su glotonería, sorbiendo llagas purulentas y penetrando por los boquetes abiertos por las armas tebanas para darse un jugoso festín. También los perros salvajes y las aves de carroña se despachaban con esos restos. Los primeros, clavando sus colmillos afilados sobre las panzas hinchadas de los cadáveres y masticando con fruición sus entrañas; las segundas, vaciando a picotazos las cuencas de los ojos sin luz y abriendo con sus garras tremendas hendiduras en las carnes reblandecidas. Aquel banquete ejemplificaba la derrota de un ejército que honró el juramento que sus soldados hicieron al emprender su último viaje: o arrasaban la ciudad o engordarían la tierra con su sangre.

Entre la neblina oscura se abrió paso una carreta que avanzaba sobre el terreno árido. El crujido que sus dos ruedas de madera hacían al aplastar la gravilla alteró el silencio extraño de la tarde: los argivos que se deslomaban retirando a sus muertos cesaron por un instante su tarea alterados por el nuevo sonido, los tebanos que atizaban la hoguera alimentándola con los cuerpos de sus enemigos se giraron para observar el carro. Lo empujaba un joven soldado que había participado en la defensa de la ciudad y que avanzaba asfixiado por el calor y desazonado por su quehacer. Cuando llegó junto a los restos putrefactos de los seis caudillos, en medio del campo abonado con la sangre del ejército derrotado y de los héroes que evitaron su triunfo, se detuvo. Hizo un esfuerzo para sobreponerse a la náusea. Reprimiendo una arcada y decidido a no demorar más su tarea, elevó por encima de su cabeza las largas varas del carro para hacer caer la carga que transportaba, que resbaló por la superficie de madera hasta chocar contra el suelo. El impacto provocó un sonido amortiguado y levantó una ligera nube de polvo. Centenares, miles de moscas, abandonaban por un instante las pulpas infectas en las que estaban colmando su apetito para volver a lanzarse sobre ellas tras un fugaz revoloteo. Cumplido su cometido, el soldado agarró el carruaje y desanduvo el camino hacia la puerta de la ciudad. Antes de cruzarla, se volvió para ver por última vez el bulto que había entregado a los carroñeros: era el cadáver de un hombre que, tras haber sido expuesto con escarnio frente a todos los habitantes de Tebas, ahora era desterrado de la ciudad que lo había visto nacer, condenado a no recibir honras funerarias. El cuerpo había quedado boca arriba, con los brazos en cruz, el torso desnu-

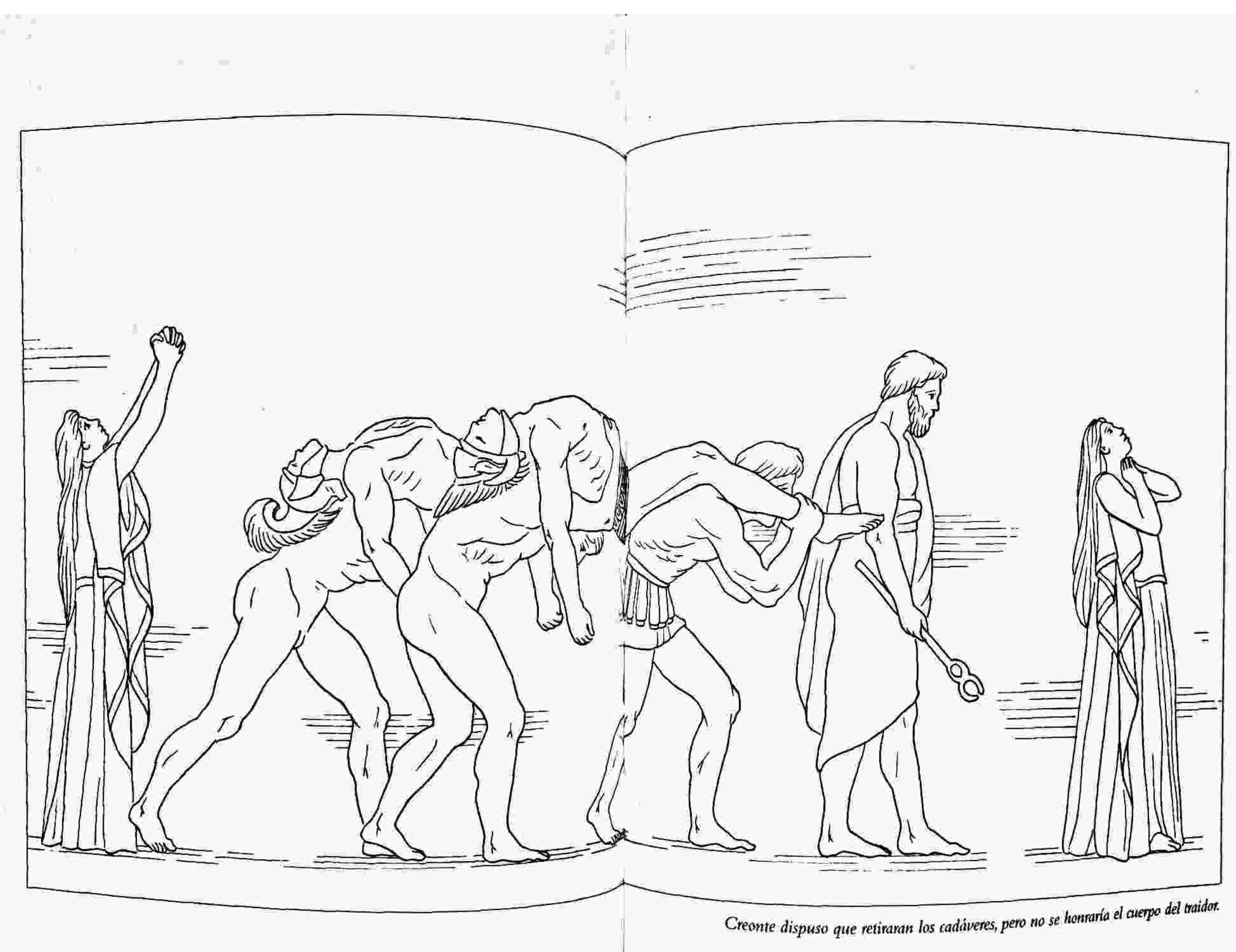
do, las piernas dobladas en un ángulo extraño. Tenía un profundo tajo en un costado del abdomen y un gran hematoma oscuro, casi negro, en la sien. Uno de sus ojos estaba entreabierto y mostraba un iris nublado. En su boca había restos de tierra, igual que en los orificios de su nariz. Tenía cortes en brazos y piernas, y manchas de sangre reseca moteaban su piel plomiza. Pero incluso a unos metros de distancia, aun teniendo el rostro abotargado por el rigor de la muerte, el soldado podía distinguir las facciones del difunto. Eran las de aquel que había muerto a manos de su hermano y matando a su hermano. Eran las del segundo hijo de Edipo. Eran las de Polinices.

∞

Desde lo alto de la muralla, Creonte había observado la devastación que se extendía ante su vista. La refriega había sido cruenta, pero los soldados de Tebas habían conseguido defender su patria, aunque pagando por ello un elevadísimo coste: la pérdida de muchas y valerosas vidas. La explanada que había frente a los muros estaba sembrada de cadáveres de ambos bandos, de heridos que proferían alaridos lastimosos, de escudos inservibles, de lanzas quebradas. Pero aquella desolación escondía una verdad inefable: los de Argos no habían podido hollar los muros de la ciudad, y sus seis caudillos habían caído, uno tras otro, en su estéril intento de hacerse con la ciudad. A Creonte le fue fácil distinguirlos de entre el resto de caídos, pues sus armaduras refulgían bajo la luz del estío y sobre ellas rebotaban con fuerza los rayos del sol. Tampoco le costó reconocer el cuerpo de Polinices, el extranjero que los había arrastrado hasta su derrota, el traidor que se había

levantado en armas contra su propia gente, el miserable que en su obcecación por hacerse con el trono había acabado matando a su hermano, al legítimo rey Eteocles, quien había defendido la ciudad con honor y valentía hasta su último hálito. Los dos hijos de Edipo yacían ahora inertes y bañados en un charco formado por sus sangres mezcladas, en un postrero abrazo mortal tras infligirse muerte el uno al otro. Creonte asumió que era él quien, en ausencia de heredero, debía tomar las riendas de Tebas e, investido de una autoridad natural que todos respetaban, ordenó limpiar el campo. Los despojos de los soldados enemigos que sus compatriotas no retirasen serían quemados, excepto los de los seis capitostes: ellos servirían de alimento a cuantos carroñeros quisiesen llenar sus panzas con sus carnes. Mandó asimismo que los cadáveres de los que defendieron Tebas fuesen retirados y honrados según la tradición, y dispuso para Eteocles un funeral digno de su cargo. Por el contrario, y aunque también dictó retirar los restos de Polinices, para este decidió otro destino: durante dos días, el cuerpo del traidor sería exhibido a los pies de la acrópolis, para que todos los tebanos pudiesen mostrar su repulsa ante quien había tratado de destruir la ciudad.

Antígona e Ismene estaban desoladas. La muerte de sus hermanos y la ascensión al trono de Creonte, corroborada por la asamblea, había alterado hasta hacerlos irreconocibles sus espacios vitales y había hecho caer sobre sus almas un manto de pesadumbre. La maldición que su padre había lanzado sobre sus hijos se había hecho dolorosamente cierta, pero hubo algo que fue para las hermanas aún más devastador en su ánimo: el primer edicto que promulgó Creonte como soberano. Las dos estaban presentes cuando el rey lo



Creonte dispuso que retiraran los cadáveres, pero no se honraría el cuerpo del traidor.

anunció con solemnidad, frente al cadáver de Polinices, insepulto y expuesto para el escarnio público.

—Os comunico, queridos compatriotas, que el cuerpo de este traidor que acabó con la vida de nuestro rey y que trató de mancillar nuestra tierra será arrojado fuera de la ciudad en cuanto acabe mi parlamento, pues nadie que haya cometido tan alta traición contra su propia gente merece descansar entre ellos.

Había en la voz del rey una acritud evidente, ni tan siquiera pronunciaba el nombre de Polinices. Antígona e Ismene estaban sobrecogidas, y más lo estuvieron en cuanto acabaron de escuchar la proclama de Creonte.

—Quien quiera que sea apresado en un intento de cubrir este cuerpo de tierra lo pagará con la muerte; estos restos solo pertenecen a las aves de rapiña y a los perros salvajes.

El grito de dolor e indignación que profirió Antígona atravesó el corazón de todos los ciudadanos que se agolpaban frente a la acrópolis; la magnitud de la injusticia le pareció inconmensurable, incomprensible. Creonte se giró hacia donde estaba ella, junto a Ismene —que tras escuchar las palabras de su tío se había dejado caer de rodillas, vencida por la tragedia y ahogada por el llanto—, y, enérgico, le espetó:

—Regresa al palacio, Antígona, y compórtate como una doncella.

∞

Ya de vuelta al gineceo de una residencia que habían dejado de sentir como propia las dos habían llorado con desconsuelo, habían compartido el lamento infinito por la muerte de sus hermanos y por la injusticia con que uno de ellos era

tratado. Pero sus caminos se separaron en cuanto Antígona le reveló a Ismene sus intenciones:

—No puedo permitirlo. No voy a dejar que Polinices se pudra sin recibir los ritos sagrados y que su alma pulule sin concierto por los campos de sombras a la puerta de la casa de Hades. ¡Nuestro hermano, Ismene, perdido en aquel mundo oscuro sin saber quién es, qué es!

Ismene protestó. Aunque no se había quedado corta al hacer evidente su pesadumbre por el edicto de Creonte —su torrencial caudal de lágrimas no había cesado desde que el rey condenó el alma de Polinices a la ignominia—, lo que expresaba ahora era un temor que la paralizaba:

—No nos toca a nosotras luchar contra la voluntad de los hombres. ¡Creonte nos mandará ejecutar! No podemos desobedecer al rey, por mucho que nos parta el alma.

Antígona reaccionó con una mueca de reprobación, frente a la que Ismene se encogió.

—Tal vez tú sí puedes vivir sometida al dictado de las leyes de los hombres, por viles que sean, solo con saber que no las has quebrantado. Pero yo di mi palabra a nuestro hermano si este malhadado momento llegaba y tampoco podría soportar mi existencia sabiendo que mi inacción afrenta las disposiciones divinas.

—Te lo suplico, hermana. Si te pierdo a ti también, ¿qué es lo que me queda?

—Admite que es a los dioses a los que debes satisfacer, y no a los mortales. Únete a mi noble empresa —imploró Antígona—. Ayúdame a levantar un túmulo para Polinices.

Ismene fue incapaz de articular palabra. Sus labios se entreabrieron y temblaron; sus manos avanzaron para aferrarse

a las de su hermana, que las recibió con esperanza. Antígona esperaba que su hermana aceptara que su devenir ya no dependía de la arbitrariedad de un monarca cruel sino de la voluntad justa de las divinidades. Pero de su boca no salió sonido alguno. Solo sus ojos hablaron, y lo hicieron anegándose de gruesas lágrimas; los de Antígona se llenaron de decepción. Se desasió y abandonó la cámara.

∞

Hemón supo de las intenciones de su amada por Ismene. Durante el asedio a la ciudad, angustiada por el destino de Polinices y Eteocles pero también por la suerte incierta de Hemón, al que creía en la batalla, Antígona le había confesado a su hermana que se habían prometido y que deseaba con toda la fuerza de su ser formar una familia junto a él, envejecer junto a él, descansar eternamente junto a él. Ahora Ismene comparecía ante Hemón para implorarle que persuadiese a Antígona. Sabía lo obstinada que era y le desgarraban las consecuencias que tendrían sus actos. Encontró en Hemón la válvula de escape que necesitaba para templar su ánimo, para liberar la presión insoportable que oprimía su pecho. «No puedo perderla también a ella, Hemón, tienes que ayudarme —le imploró—. Solo tú puedes convencerla». El joven le prometió que hablaría con su prometida, que la persuadiría de la necesidad de obedecer la ley dictada por su padre, «por injusta y dolorosa que esta sea. No sufras, Ismene, encontraré la manera de doblegar su empeño sin que su orgullo se sienta atacado». Pero, cuando la chica abandonó el salón del palacio real en el que ahora Hemón vivía junto a su familia como príncipe de Tebas —un honor que sobrellevaba como una carga, sabedor de que su posición se debía a la desgracia caída sobre los Labdácidas—, se derrumbó sobre uno de los tapices que decoraban el suelo de mármol blanco y, hecho un ovillo, dio rienda suelta a su angustia en forma de llanto.

Eurídice, que había escuchado la súplica de Ismene desde una sala contigua, entró para apaciguar a su hijo. Con un afecto infinito que solo una madre podía profesar, sin mediar palabra alguna, se recostó junto a Hemón y lo arrulló en sus brazos, tratando de calmarlo. Pero el desespero del chico era mayúsculo. Sabía que nunca podría llevar a buen puerto la empresa que le había encomendado Ismene, y que el destino de su prometida estaba en manos de alguien a quien no podría persuadir de sus intenciones, como tampoco logró convencerlo de que lo dejase participar en la defensa de Tebas: su padre. «Madre, Antígona va a morir. ¡Antígona va a morir!» Hundió la cara en el regazo de su madre y se entregó al llanto. Eurídice, que conocía el carácter insobornable de su sobrina, le acarició los cabellos mientras le susurraba, con poco convencimiento: «No sufras, hijo, seguro que la harás entrar en razón». Pero también ella sabía que la voluntad de Antígona era inquebrantable, y que su sentido de la justicia prevalecía sobre todo y sobre todos.

∞

La gran pira funeraria estaba dispuesta frente a la acrópolis. En la cima, luciendo el más resplandeciente de los quitones —el mismo que, tejido por las manos habilidosas de Yocasta, en tantas ceremonias había vestido Edipo—, el cadáver de Eteocles reposaba, esperando el momento en que

el fuego lo convertiría en cenizas. A pesar de la virulencia de su muerte y de las heridas espeluznantes que la vestimenta cubría, su rostro denotaba una placidez que su alma nunca había encontrado en vida. En la descarnada lucha final con su hermano, un titánico choque entre dos robustos guerreros inasequibles al desaliento y conscientes de su infausto destino, sus facciones habían quedado a salvo de los estragos de la refriega y de la daga empuñada por Polinices, quien le traspasó el pecho y le abrió el vientre, desparramando sus intestinos por el suelo tebano. En el mismo momento en que sintió el metal atravesando sus entrañas, Eteocles hundió todo el filo de su espada en el torso de Polinices y notó cómo la sangre caliente de su hermano se escapaba de su corazón ensartado y resbalaba por su brazo. Ningún atisbo de este horror se reflejaba en su semblante, ahora tan sereno.

La estructura de troncos de pino, talados en un bosque cercano, se elevaba más de cinco metros. Alrededor de aquella magnífica construcción, en un silencio respetuoso, toda Tebas se había dispuesto para despedir a quien había sido su soberano más reciente, aunque su breve reinado había despertado los recelos de la mayoría, nostálgicos de los años en que Edipo dirigió las riendas de sus vidas. Presidiendo la ceremonia estaba Creonte, flanqueado por su esposa Eurídice y por su hijo Hemón. Junto a ellos se alineaban las dolientes hermanas del monarca fallecido. Ismene sollozaba con un llanto caudaloso, incesante. Por el contrario, Antígona mostraba un hieratismo que sorprendía a cuantos se fijaban en ella. Apretaba con fuerza su mandíbula, su cuerpo permanecía tenso, tenía la mirada fija en un punto indeterminado más allá de los muros de la ciudad. Solo el

brillo de sus ojos, provocado por las lágrimas estancadas que no se permitía derramar, daba la medida de su profundo dolor. Sin embargo, a pesar de la inexpresividad forzada, la menor de las hijas de Edipo y Yocasta estaba destrozada en su interior. Sentía un profundo desconsuelo ante el cadáver de Eteocles, al que, aunque culpaba del conflicto que había acabado con su vida y con la de su hermano, nunca había dejado de amar. Sentía una tristeza inconmensurable por Polinices, que estaba descomponiéndose bajo el cielo tebano sin recibir los ritos debidos. Sentía rabia hacia Hemón y hacia su hermana, quienes se habían conjurado para tratar de evitar que ella cumpliese con su justo cometido —el diálogo con él fue breve: en cuanto le expuso sus temores por lo que pretendía hacer, ella lo rechazó con aspereza—. Y sentía, por encima de todo, un odio extremo hacia su tío. Era ese odio lo que la obligaba a mantener su postura rígida, a sostener su gesto inalterable: si se hubiese permitido un segundo de flaqueza, si hubiese cruzado por un fugaz instante su mirada con la de Creonte, toda su cólera hubiese estallado contra el miserable que había permitido que su padre fuese tratado como un perro y que su hermano se pudriese bajo el sol. Absorta en los esfuerzos que hacía por mantenerse templada, Antígona solo fue consciente de que la pira funeraria había empezado a arder cuando el aire se impregnó del hedor inconfundible de la carne quemada.

∞

Qué bello le pareció a Antígona el rostro de Polinices. Qué hermoso su perfil, resaltado por la luz blanquecina de la luna, cuánto le recordó al de su añorado padre. Qué fría su

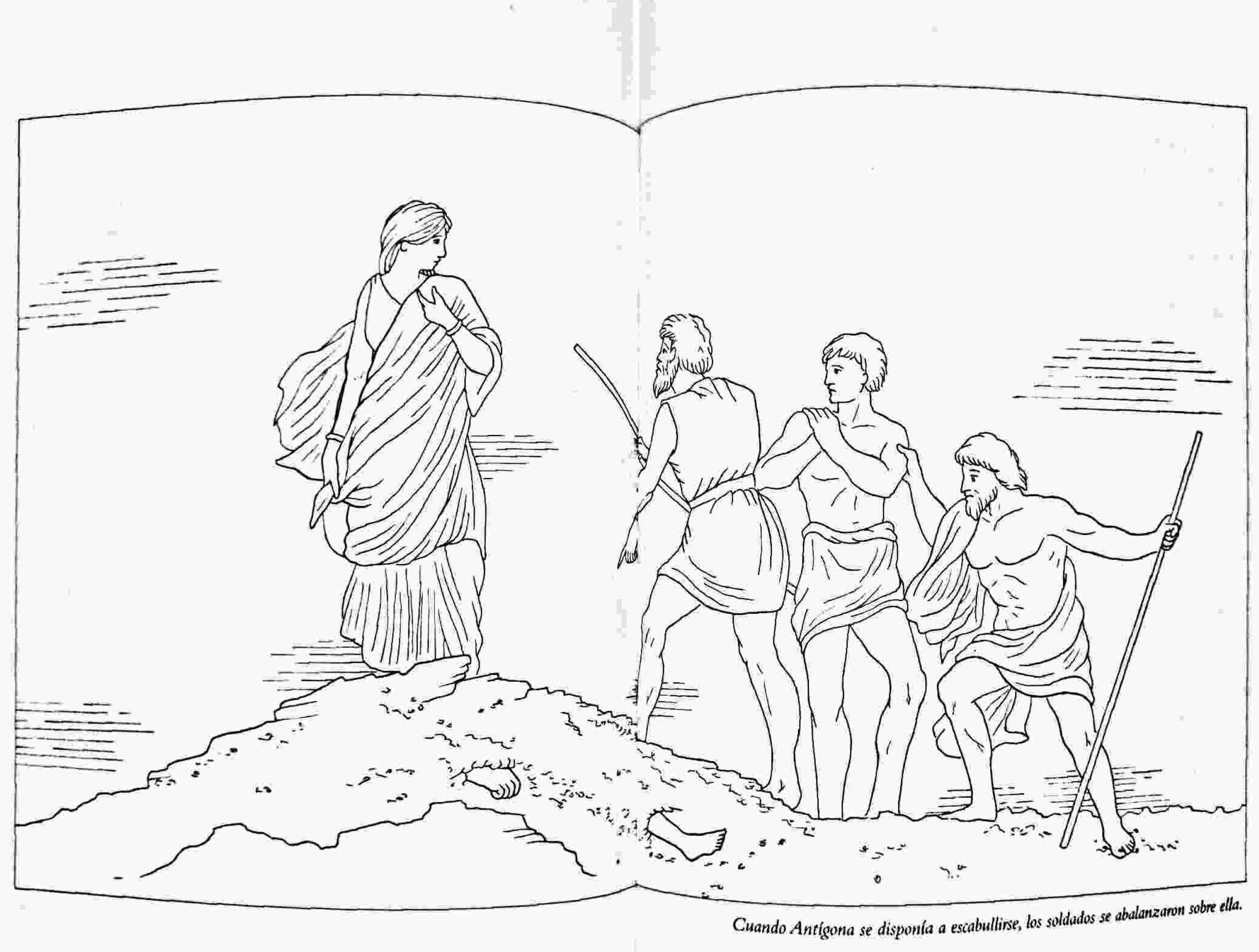
piel, qué horribles sus heridas, qué cruel su destino. Había llegado junto a él tras salir de la ciudad por una portezuela que conocía desde pequeña. Había sido cauta, protegiéndose de la mirada de los soldados que guardaban la puerta de Electra. Aprovechó que no prestaban atención —no creían que nadie fuera a contravenir el edicto de Creonte— para acercarse al cadáver de Polinices. Tuvo que cubrirse la nariz y la boca con sus ropajes para sortear, a duras penas, la náusea profunda que le produjo la pestilencia que emanaba de su cuerpo. Quedó consternada al ver los restos de su hermano, pero se sobrepuso tan rápido como pudo; no tenía tiempo para quedarse paralizada. Con las lágrimas resbalando silenciosas por su cara, acomodó las extremidades de Polinices hasta dejar su cuerpo estirado por completo; agarró su cabeza, que estaba ladeada, para alinearla con el tronco; cerró con cariño su ojo entornado, vacío de luz y ahuyentó con asco los insectos que se alimentaban de sus entrañas y que huyeron volando a centenares. Cuando estuvo dispuesto, lo cubrió con una tela blanca que había traído desde el palacio y se dispuso a cumplir con los ritos: tomó tierra del suelo tebano, tierra árida, salpicada de sangre y dolor, y la dejó caer sobre Polinices desde sus pies hasta su cabeza. Después derramó tres libaciones sobre él y entonó una plegaria para que su alma pudiese, por fin, cruzar las aguas oscuras del río Aqueronte y llegar a las mansiones llameantes del señor del inframundo.

Creonte montó en cólera cuando uno de los soldados que debían proteger el cadáver —y sobre el que recayó la ingrata misión de llevar las malas noticias a su soberano— le contó que el cuerpo de Polinices había sido honrado en contra de

lo dispuesto en el edicto real. El soldado temió incluso por su vida, tal fue la furia del monarca, que blandió la espada que colgaba de su cinto con una furia ciega, cortando el aire mientras lanzaba imprecaciones contra quien fuera que se hubiese atrevido a desobedecerlo. Solo tras un largo rato consiguió dominarse, y entonces ordenó redoblar la vigilancia sobre el cadáver del traidor. Creonte estaba convencido de que el criminal volvería junto al cuerpo; bajo ningún concepto debía quedar indemne tal afrenta.

Antígona sintió un escalofrío cuando notó que una feroz y súbita ventolera se levantaba sobre Tebas. Sus pensamientos viajaron rápidos hasta el cuerpo de su hermano, al que había honrado la noche anterior: era imposible que la tierra que había echado sobre él hubiese resistido los embates de Céfiro, el dios del viento del oeste. Solo le quedaba volver a su lado para repetir el ritual. Lo haría tantas veces como fuera necesario.

La joven llegó de nuevo junto a su hermano, esta vez bañada por la inclemente luz del sol. Tuvo tiempo de repetir los ritos, pudo depositar un beso tierno sobre la frente helada de Polinices, consiguió despedirse por segunda vez de él, pero cuando se disponía a escabullirse, a deslizarse sin ser vista hasta la seguridad que le proporcionaba la sombra de la muralla, tomando todas las precauciones aunque sabiendo de lo improbable de su empresa, los soldados se abalanzaron sobre ella. La habían visto llegar, pero, atónitos, no actuaron hasta estar completamente seguros de lo que les mostraban sus ojos: la culpable del crimen que tanto aborrecía su rey era la hija pequeña de Edipo y Yocasta, la piadosa y bella Antígona. Ella no opuso resistencia alguna



Cuando Antígona se disponía a escabullirse, los soldados se abalanzaron sobre ella.

cuando los guardianes la apresaron. Serena por saber que había sido fiel a los mandatos divinos, estaba dispuesta ahora a hacer frente a las leyes humanas.

La noticia de la detención de Antígona se propagó como una centella entre los tebanos, quienes sentían por ella una querencia profunda y estaban apesadumbrados por el funesto devenir que acarrearían sus actos, comprendidos y compartidos en secreto por la mayoría. En el palacio, la agitación de los soldados sobresaltó a Eurídice. Cuando le explicaron que la prometida de su hijo había sido conducida ante Creonte por ser ella quien había dado sepultura a Polinices, fue a buscar a Hemón. Lo encontró en uno de los patios del palacio, recostado contra una columnata mayúscula y con la mirada perdida.

—Hijo... —Hemón se dio la vuelta, sobresaltado. Leyó la preocupación en el rostro de su madre y la apremió para que le contara lo que fuera que había venido a decirle—. Han sorprendido a Antígona echando tierra sobre el cuerpo de su hermano. La han apresado y conducido ante tu padre. ¡Oh, Hemón!

Eurídice le ofreció su abrazo amoroso, su consuelo infinito, pero él no dejó ni siquiera que lo tocara, sino que corrió hacia el salón donde la vida de Antígona estaba a punto de ser sentenciada. Los soldados que hacían guardia le impidieron el paso; nadie podía entrar, eran órdenes del rey. Estaba protestando cuando oyó retronar la voz colérica de su padre a través de las puertas cerradas.

Incluso a Creonte le sorprendió el orgullo y la insolencia de Antígona. Esperaba que la hija de su hermana aceptara su culpa e implorara por su vida. Deseaba que se arrodi-

llase ante él, que presa del llanto le pidiese perdón, que se humillara para conseguir unas migajas de su clemencia. De haber sido así, hubiese podido mostrar misericordia y la habría sentenciado a una muerte no exenta de honra. A fin de cuentas, por las venas de la chica y por las suyas corría la misma sangre. Y aunque sabía que condenando a alguien de su propio hogar incurría en una falta ante los dioses, se veía en la obligación de hacerlo; él y solo él era el custodio de las leyes de Tebas. Era su ciudad y dentro de sus muros incluso los dioses deberían reconocer su autoridad. Pero en lugar de eso, la menor de los Labdácidas se jactaba de haber desobedecido su edicto.

—¿Conocías mi decreto? ¿E incluso así lo has quebrantado? —Creonte no daba crédito a la afrenta descomunal.

—Lo conocía, sí, y lo quebranté —le espetó con petulancia a su tío, sosteniéndole la mirada—. Una y cien veces volvería a hacerlo.

—¡Desgraciada! ¿Es que ansías la muerte? ¿No ves que fuerzas mi brazo, que no puedo desobedecer mi propio edicto?

—Haz lo que creas que debes hacer, así como lo he hecho yo. Si he de morir por haber enterrado a mi hermano, hermosa muerte será. Mi crimen ha sido piadoso, y sé que es mayor el tiempo que debo agradar a los de abajo que a los de aquí. —Creonte no daba crédito a lo que escuchaba, al aplomo de su sobrina, a su desfachatez.— Si es lo que crees correcto, desdeña los honores a los dioses, Creonte.

—¿Estás dispuesta a morir por un traidor que no solo trató de asolar su propia tierra sino que además mató a su propio hermano? ¿Le das a él el mismo trato que a Eteocles, que murió defendiendo su ciudad ante la insidia de Polinices?

—No me mueve el odio, sino el amor. A los dos los amé por igual, y también para los dos quiero lo mismo.

Las mejillas de Creonte se habían tornado rojas, el sudor le caía a chorros por su rostro. Agitaba las manos con una virulencia extraordinaria, y no dejaba de moverse de un lado a otro del salón con grandes pasos mientras trataba de asimilar con desagrado que debería infligir una herida más en la familia de Edipo, en los descendientes de Layo. Lo que más le enfurecía era la entereza de su sobrina. Le pareció que por un instante su corazón dejaba de palpitar cuando ella le reveló lo que guardaba su mirada serena:

—Además de honrar a los dioses y a mi hermano, he complacido a los tebanos. Todos creen, aunque ninguno se atreve a decirlo, que tus actos son propios de un tirano y que los eternos se cobrarán tu blasfemia. También a ti te esperan, más temprano que tarde, en el Hades.

Creonte se estremeció y se sintió enojado al mismo tiempo:

—Allí nos veremos. Aunque no te irás sola. ¡Guardias! ¡Traed a la prisionera!

Una puerta lateral del salón se abrió. Creonte, esta vez sí, se pudo deleitar con la reacción que vio en el gesto de Antígona. Su sobrina recibió una dolorosa sorpresa: dos soldados llevaban a rastras a Ismene y la conducían frente al soberano. Dirigiéndose a Creonte, Antígona exclamó:

—Mi hermana no tiene nada que ver con esto. ¡Yo soy la única responsable!

Por primera vez desde que la habían traído ante su presencia, el rostro de Creonte se relajó al ver que por fin había conseguido quebrar el ánimo de su cautiva. El monarca dejó que las dos mujeres sollozaran, les permitió fundirse

en un breve abrazo y, tras ordenar que las separaran, le preguntó a Ismene:

—Dime, ¿es cierto lo que confesaste a mis soldados? ¿Es verdad que ayudaste a esta miserable en su crimen?

Antígona nunca habría sospechado que su hermana fuera capaz de pronunciar en un momento como este la palabra que salió de su boca, pero se equivocaba.

—Sí.

—¡Hermana! —gritó la menor—. ¿Por qué te inculpas de un acto que has pretendido evitar?

—¡No me prives del derecho a morir contigo y de honrar debidamente a nuestro hermano! —Respondió Ismene con la voz rota—. Estoy dispuesta a acompañarte en tu travesía. ¡Acéptame a tu lado! ¡No puedes dejarme sola!

Antígona comprendió entonces que no se ofrecía a morir para complacer a los dioses, sino porque aceptaba que no tenía el valor suficiente para seguir siendo la única superviviente de su estirpe. Por un instante sintió lástima por la debilidad de su hermana, aunque su compasión se convirtió rápidamente en rabia:

—Tú elegiste vivir. Y yo, morir.

—Así sea, pues —intercedió Creonte—. Ismene, tú vivirás. En cambio, Antígona, ya que eso es lo que deseas, ¡vete al Hades para amar allí a tus hermanos! ¡Ninguna mujer va a dictar mis acciones! ¡Desgraciada! ¡Yo te condeno a morir!

◇◇◇

Un perro salvaje se acercó al cuerpo putrefacto de Polinices, atraído por el hedor que emanaba de él. Olisqueó el fluido viscoso que supuraba de la hendidura que tenía en un cos-

tado y lo lamió. Babeando sobre la cara del cadáver, le clavó sus incisivos en la mejilla: el carrillo se descarnó con facilidad, reblandecido por los días que llevaba descomponiéndose bajo el sol. Tras engullirlo, introdujo su hocico en la abertura y arrancó un pedazo de la lengua de aquel que un día fue príncipe de Tebas. Prosiguió su festín devorando la oreja, masticando la grasa y los músculos que habían quedado al descubierto, mordisqueando la nariz hasta exponer el cartílago, reventando de una dentellada el globo ocular que ahora colgaba de lo que había sido un bello rostro. Saciada su hambre, se tumbó a dormitar junto a su botín.

5

La decisión de Antígona

Hemón atravesó los amplios pasillos del palacio a toda prisa. El sonido de sus pasos nerviosos rebotaba con estridencia contra las paredes de mármol de las mayúsculas estancias de la residencia real. Frente a la gran sala donde se encontraba encerrado su padre, Hemón se armó de valor, empujó las vastas hojas de las puertas y entró en un estrépito. De espaldas se encontraba la figura imponente de Creonte, que ya había enviado a su amada Antígona a una celda; solo había permitido, en un postrero acto de piedad impelido por los lazos de sangre, que su hermana Ismene le hiciese compañía durante sus últimas horas. El hijo respiraba agitado, sus hombros subían y bajaban acompañando cada exhalación. Sentía que tenía el cuello rígido, tenso; llevaba el quitón salpicado de sudor. Con la lentitud con que un reptil acorrala a su presa, el padre se volvió y preguntó con voz áspera:

—¿Vienes a implorar por la vida de tu prometida?

Quizá fue la certidumbre de saber que la condena que pesaba sobre Antígona se había anunciado como irrevocable y que no tenía nada que perder, o acaso fue la consciencia de que su propia vida no tendría sentido si la de su amada se extinguía: como fuese, Hemón se notó súbitamente tranquilo. La ansiedad que le hacía sentir su padre desapareció, el respeto paralizante se desvaneció y Creonte le pareció una criatura patética, dominada por una cólera insana bajo la que escondía miseria. Incluso le dio lástima, su pobre padre. Clavando sus ojos en los del otro sin atisbo de vacilación, contestó:

—No, padre, acudo ante tu presencia porque sufro por ti, porque me preocupa lo que toda Tebas murmura en tu contra. Te han perdido el respeto.

No había en el tono de su voz ni rastro de la obediencia ciega ni de la admiración sacramental con que había acostumbrado a su vástago a tratarlo. Hemón entendió que el gran interrogante en que se había convertido el semblante de su padre ante sus palabras no encontraba respuesta. Él se la aclaró:

—Piensan que has despreciado las honras debidas a los dioses al no dar sepultura a Polinices. Sienten compasión por él y comprenden el gesto de Antígona; sufren por el destino que le espera por haber desobedecido tu edicto, que consideran injusto. Temen que, por tus decisiones atolondradas, impías, el infortunio caiga sobre toda Tebas. Para decirte esto he venido, padre. Y para decirte que todavía estás a tiempo de enmendarlo. Puedes ordenar que den sepultura a Polinices y puedes indultar a las condenadas. Si lo

haces, el pueblo te volverá a venerar, pues no hay hombre más sabio que el que aprende de sus errores.

Creonte se apartó unos pasos, turbado. Se sentía movido por fuerzas mayores que él —la responsabilidad del trono, la necesidad del gobierno—, pero en su fuero interno sabía que necesitaba el favor de los hombres tanto como el de los dioses. Sin embargo, con cada paso que daba se alejaba de unos y de otros, lo enemistaba con todos. Después de sus desvelos y de sus sacrificios —no pocos con sangre de los suyos—, después de salvar la ciudad de las locuras de Edipo y de sus hijos y de la amenaza de los argivos, después de enfrentarse a traidores e criminales, Tebas se ponía en su contra. ¿Acaso había obrado mal? ¿Quién mejor que él para saber lo que le convenía a la ciudad? No conseguía comprender por qué malévolo hechizo era él quien se estaba convirtiendo en el blanco de la animadversión que habían agitado un traidor y una mujer. Se ponían de parte de Antígona, una muchacha, que había tenido la osadía de desacatar su edicto y había forzado su propia condena. ¡Antígona! ¡La que le impidió bendecir el suelo tebano con el cuerpo de su transgresor padre! ¡La que trató de convencer a Eteocles de que cediera el trono al desleal Polinices! ¡La que puso en su contra al poderoso Teseo! Pero ninguno de estos crímenes estaba a la altura del que ahora veía ante sus ojos, el peor de todos: aquella mujer había envenenado el alma de su hijo deslizándose en su interior como una serpiente. No, no iba a permitirlo.

Creonte recobró el vigor con que había recibido a su hijo. La perplejidad que lo había asaltado hacía un instante se tornó en rabia, su voz recuperó la potencia, su mirada se clavó con furia en la de Hemón, quien, ante el embate de

su padre, sintió que se resquebrajaba la seguridad que había reunido para entrar allí.

—A ningún padre le agrada ver sufrir a sus vástagos y mucho menos ser él quien los fustigue. Por eso debes saber hasta qué punto amargo lamento verme obligado a quitarte el velo de los ojos. Nunca te casarás con esa mujer, porque su muerte es irrevocable. Ella violó la ley de su ciudad, una ley dictada bajo pena de muerte. ¿Qué autoridad tiene a los ojos de su pueblo el gobernante que doblega sus propios dictámenes a su antojo para favorecer a quienes le son más cercanos?

Hemón bajó la mirada, devastado por esta declaración inapelable, y dio un paso atrás. Creonte suspiró, pues sentía verdaderamente herir a su amado hijo, y añadió:

—Si los tebanos temen que derramar la sangre de Antígona hará caer la desgracia sobre la ciudad, que no padezcan: la mandaré encerrar en una cueva con alimento. Que sean los dioses a los que tanto adora los que la preserven con vida, si lo desean.

Hemón tenía los ojos preñados de lágrimas. Creonte sintió la necesidad de consolarlo, pero, ¿cómo podía hacerlo si él mismo era quien lo torturaba?

—Pero, escúchame bien, hijo: Tebas prevalecerá, siempre lo ha hecho a través de toda adversidad. Necesita un rey, una reina, un heredero, una princesa... Ismene es hermosa y dócil —dijo—, una esposa apropiada para un príncipe como tú.

Hemón levantó la vista y, con una voz ronca y oscura, impelida por el odio, respondió:

—Antígona es la mujer a la que amo. Si es necesario, bajaré hasta el Hades para recuperarla.

Su padre no tuvo respuesta ante estas palabras. ¿Qué significaba una declaración semejante? Delante de su vista, Hemón le dio la espalda y se fue de la sala a grandes zancadas.

◇◇◇

Eurídice hizo valer su autoridad como reina para que los soldados que custodiaban la entrada a las mazmorras del palacio la dejasen entrar, a pesar de que habían recibido estrictas órdenes de Creonte: nadie se debía acercar a las prisioneras. No lo había conseguido Hemón el día anterior, desesperado por abrazarse a Antígona una última vez, por sentir el contacto de sus labios, el calor de su cuerpo, el dulce aroma de su piel. Derrotado por la infranqueable obediencia de los soldados a su monarca, con los que forcejeó inútilmente cuando vio que las buenas palabras y las súplicas no le servirían, el joven se había derrumbado frente a la entrada de la prisión, convirtiendo su frustración en resentimiento contra su padre, un encono que había ido acumulando durante años pero que nunca se había permitido aceptar ni expresar. Al constatar la imposibilidad de cumplir con su empeño, estalló en un llanto vehemente que llegó hasta el interior de la celda donde estaba encerrada su prometida.

—¡Antígona! —gritó roto de dolor Hemón, su voz convertida en un aullido desgarrador—. ¡Antígona, te amo! ¡Vendré a buscarte estés donde estés! ¡No me importa morir si así puedo reunirme contigo! ¡Antígona!

El lamento infinito de su amado llegó con claridad a los oídos de Antígona. Parapetada hasta ese momento bajo una coraza que le había permitido aceptar su condena sin sufrir por la funesta inminencia de su destino, que le había servi-

do para protegerse de la tristeza por alejarse sin remisión de su hermana y de su amado, no aguantó más. Fue entonces cuando también ella se vino abajo, cuando perdió la fachada de indolencia tras la que se escudaba desde que abandonó el salón donde Creonte la había sentenciado. Suerte tuvo de que estuviera a su lado a Ismene, quien imploró al soberano que la dejase permanecer con ella tanto como fuera posible. Consciente de que a Antígona le quedaba poco tiempo, quería saberse perdonada por haber sido tan débil, quería mostrarle cuánto la quería. En sus brazos, Antígona se convirtió en un torrente de lágrimas por una vida demasiado breve que se acercaba a su final. Ismene lloró con ella.

Eurídice las encontró en el suelo de la celda, recostadas contra la pared de piedra. Antígona tenía la cabeza sobre las piernas de Ismene y una mano asida a la de su hermana, que con la otra le acariciaba el cabello. Los ojos de ambas ya estaban secos, aunque irritados y ocultos bajo unos párpados hinchados que denotaban su desconsuelo. Conmovida, Eurídice se arrodilló frente a la verja y pasó el brazo a través de los barrotes para acariciar también a la condenada. Antígona se volvió hacia la bondadosa mujer y deslizó la mano que le quedaba libre dentro de la de la madre de Hemón: no hizo falta ninguna palabra para que ambas se expresaran una querencia profunda y una tristeza infinita. Así, enlazadas las tres, las encontraron los guardias que llegaron al cabo de poco para conducir a Antígona hasta su morada final.

◇◇◇

Envuelta por la más completa oscuridad, Antígona había perdido la noción del tiempo, aunque suponía que llevaba más

de una semana encerrada en la cueva. Se sentía cada vez más débil. Durante los primeros momentos, había consumido algunos de los alimentos que Creonte había mandado disponer junto a ella para burlar la ira de los dioses —a fin de cuentas, él había puesto algo de su parte; les correspondía a ellos salvarla, si esa era su voluntad—. Después había renunciado a ellos para prolongar su duración. Y más tarde, más allá del hambre, había comenzado a comprender por instinto que, si Creonte le había proporcionado sustento, era para su propio beneficio, y que lo que tenía que hacer era no tocarlo.

Le costaba un esfuerzo inmenso no echarse a la garganta ni una gota del agua tibia que quedaba en el odre que había dejado en el suelo uno de sus custodios. También se negaba la más mínima migaja de pan reseco, no tomaba ni un pedazo del queso rancio, ni un mordisco de los higos pasados. Su estómago rugía con furia por el hambre y su alma bramaba con rabia por su condena. A cada minuto era consciente de que la vida se le escabullía entre los dedos. Su devenir estaba en manos de las divinidades, y a ellas se dirigía sin cesar, acurrucada en el áspero suelo de tierra, haciendo invocaciones en las que suplicaba ya no por su vida —a la que había renunciado en cuanto penetró en la gruta, sabedora de que ya no le pertenecía—, sino en favor de las dos únicas personas que le importaban: Ismene y Hemón.

◇◇◇

A Creonte siempre le había repugnado Tiresias, el adivino: su cuerpo huesudo, sus uñas largas, su boca húmeda, sus dientes negruzcos y, especialmente, sus ojos lechosos, que parecían traspasar el alma de quien hablaba con él. Nada de eso, sin

embargo, era lo que realmente le producía rechazo: era lo certero de sus profecías lo que le provocaba escalofríos. El oráculo se había presentado ante él a instancias del consejo de ancianos de Tebas. Temían que las disposiciones vengativas del rey respecto a Antígona y Polinices —todavía insepulto— hiciesen caer sobre la ciudad desgracias aún mayores que las acaecidas en los últimos tiempos. Plantado frente a Creonte, Tiresias clavó su mirada blanquecina en la del monarca, pero permaneció en absoluto silencio. Incómodo por el mutismo del adivino, Creonte fue el primero en hablar.

—Dime, buen Tiresias, ¿qué te trae hasta el palacio? ¿Has visto algún suceso del devenir inmediato que debas comunicarme? —trató de mostrarse enérgico, pero había cierta vacilación en su voz que denotaba su creciente desasosiego. Se sentía examinado hasta el más recóndito confín de su ser por el viejo desaliñado e invidente que tenía ante sí.

—Aunque sé que mi presencia te desagrada —dijo Tiresias con su voz herrumbrosa y con gran lentitud—, he venido para decirte lo siguiente, que se me ha hecho tan evidente como para ti lo es la luz del sol —hizo una larga pausa que exasperó a Creonte.

—¡Habla pues! ¡No demores más este momento, dime ya lo que has vislumbrado en uno de tus rituales!

Tiresias carraspeó, dio un paso hasta su interlocutor, posó una mano abierta como una garra sobre la testa del monarca y le reveló su profecía:

—No se pondrá muchas más veces el sol antes de que tú hayas ofrecido un cadáver de tu propia sangre a cambio del muerto que no has devuelto a los dioses y de la viva que has lanzado al mundo de los muertos.



El adivino Tiresias se había presentado ante Creonte a instancias del consejo tebano.

Otra vez el traidor Polinices y la irrespetuosa Antígona se cruzaban en su camino. Creonte se sintió atacado y cuestionado por los tebanos, por el consejo, por su hijo y, ahora, también por el adivino. Su reacción fue iracunda:

—¿Tú también? ¡No te creo! ¿Por boca de quién hablas? ¿De los que quieren mal a esta ciudad pretendiendo restituir la honra de los que la atacaron? ¿Qué recompensa recibes a cambio de tus mentiras? —Tiresias recibió las imprecaciones de Creonte con estoicismo. Ninguna de sus palabras parecía afectarle lo más mínimo—. ¡Vete por donde has venido!

El oráculo se apoyó en el joven que le hacía de lazarillo y emprendió la marcha. Antes de cruzar la puerta de la estancia palaciega, se dio la vuelta y, dirigiéndose a Creonte, desde la distancia, clavando su mirada ciega en la del monarca, le dijo imperturbable:

—Las destructoras euménides te acecharán para prenderte en los mismos infortunios que tú has causado, sé consciente de que estás caminando sobre el filo del destino.

Al rey le sobrevino un escalofrío que removió los cimientos de su alma. La furia con que había reaccionado solo escondía un miedo cerval; Tiresias nunca proclamaba nada que no fuera cierto. Además, las últimas palabras del adivino llevaron su pensamiento hasta lo que su hijo le había escupido la última vez que se habían visto: «Si es necesario, bajaré hasta el Hades para recuperarla». A Creonte se le heló la sangre.

◇◇◇

De las heridas de las manos le brotaba la sangre a chorretones. Empujaba con todo el vigor de sus piernas jóvenes, usaba cada parte de su cuerpo, se entregaba a la tarea con toda su

alma, pero ni aún así conseguía mover ni un ápice la piedra que sellaba la cueva donde estaba encerrada Antígona. Hemón, desesperado, lanzando un alarido amargo al cielo, una súplica enérgica a los dioses del Olimpo, fue consciente de que él solo no podría desplazarla. Había gritado el nombre de Antígona hasta perder la voz, había esperado en vano una respuesta que no llegaba, había dado furiosos puñetazos y rabiosas patadas contra la roca, y lo único que había conseguido había sido fracturarse huesos, desuñarse, abrirse grotescas llagas que brillaban rojas bajo el sol tebano. Pero de nada servía. Enloquecido de odio contra su padre y de dolor por la pérdida de su prometida, Hemón fue a buscar ayuda.

Antígona creyó que la lejana voz de Hemón era un delirio provocado por su debilidad. Tumbada en el suelo frío de la gruta, derrotada por el hambre y la sed, consumidas sus fuerzas, había escuchado ya las voces de su padre, de su madre, de sus hermanos. Todos le susurraban palabras serenas, le hablaban con dulzura, la conminaban a dejarse ir, le anunciaban que pronto se reuniría con ellos más allá de las aguas del Aqueronte si dejaba de luchar, si aceptaba su destino, si se rendía. Pero siempre que se sentía a punto de ceder, siempre que notaba cómo los lazos que la aferraban a la vida se aflojaban aún más, se le aparecía el rostro de Creonte: imaginaba su mirada juzgándola débil, tornadiza, por ser mujer; oía su voz proclamando leyes que pretendía naturales pero en las que solo latía su ceguera, sus ansias de grandeza. En esos momentos, impelida por un orgullo que aún no se había doblegado, se aferraba a la vida con las ínfimas fuerzas que le quedaban.

Hasta el último momento, se dijo, se revolvería contra los designios de Creonte. No pensaba morir sin oponer la última

resistencia, la más desesperada: haría de su mismo final una denuncia, el último desafío, un acto definitivo de desobediencia a la ley arbitraria de los hombres que no sería posible contestar de ningún modo. Si Creonte la había condenado a morir de hambre, ella moriría por su propia mano, sin tocar los alimentos que él le había procurado. Así proclamaba la hipocresía de Creonte, la injusticia de su decisión, y los dioses le aborrecerían.

La rabia que sentía hacia el tirano que tanto dolor había causado a su familia le proporcionó la garra necesaria para alzarse con un esfuerzo mayúsculo. Sosteniéndose a duras penas contra una de las paredes de la gruta, se despojó de su túnica, pestilente después de tantos días de cautiverio, y la retorció hasta convertirla en una soga. Había visto al entrar una gruesa raíz que sobresalía del techo: la buscó a tientas, tropezando en la oscuridad. Subida a un pedrusco, se agarró a ella, pasó la túnica y anudó el ropaje a la madera. Estaba jadeando, temblorosa por la fragilidad de su cuerpo, pero también por la osadía de su acción: ella decidía cuándo y cómo morir, no era decisión de Creonte. Los dioses comprenderían su arrojo y su desesperación forzada por su tío. Anudó el otro extremo de la tela alrededor de su cuello. Cerró los ojos. Inspiró profundamente.

Cuando sus pies ya estaban dando patadas en el aire, cuando su cuerpo desnudo ya se balanceaba sin control, cuando su rostro ya comenzaba a tornarse azul, un último pensamiento cruzó por la mente de Antígona: se vio a sí misma bañándose en las frescas aguas del Dirce con Eteocles, con Polinices, con Ismene, con Hemón..., jugando y riendo, todos alborotando jubilosos bajo un cálido sol de primavera.

Desde la orilla, Edipo y Yocasta los miraban con una sonrisa de felicidad colmada.

◊◊◊

Una angustia creciente se había apoderado del corazón de Creonte, que no había podido conciliar el sueño en toda la noche, ni había sido capaz de probar comida alguna en las últimas horas. Desde que Tiresias le había anunciado su profecía, que no dejaba de resonarle en la cabeza, Creonte se había lanzado a una búsqueda desesperada en pos de su hijo, al que no encontró ni con la ayuda de sus criados. Hacía horas que nadie lo veía por el palacio; tampoco, según le habían confirmado sus emisarios, por la ciudad. Desesperado, el rey se refugió en uno de los templos de Tebas dedicado a Zeus. Nunca en su vida había alzado tanto la voz de su alma para suplicar a las divinidades, nunca se había sentido tan aterrorizado. Así, postrado, lo había hallado su esposa.

Como madre y como mujer, Eurídice presentía que algo funesto estaba sucediendo o a punto de acontecer. Había preguntado a los sirvientes del palacio, sin obtener respuesta, a qué venía aquel alboroto que lo ocupaba todo. Lo máximo que consiguió averiguar fue que era el rey en persona quien les había ordenado registrar cada rincón de la residencia, pero nada más. Había ido a buscar a Creonte para inquirirle, pero no pudo dar con él y nadie fue capaz de revelarle su paradero. Tampoco consiguió encontrar a Hemón, por cuya desdicha amorosa sufría como si fuese la suya propia. Corroída por la preocupación, la reina se retiró al templo donde acudía cuando algo nublaba su pensar o su alma. Su corazón dio un vuelco al encontrar, postrado ante el altar,

a su marido, implorando a Zeus por la suerte de su hijo. Con el corazón en un puño, la reina se acercó a él, temerosa de lo que estaba a punto de preguntarle:

—Creonte, ¿dónde está Hemón? ¿Le ha sucedido algo?

Ante la imploración de Eurídice, Creonte se desmoronó. La verdad brolló de su boca como una cascada: el vaticinio del oráculo, la discusión con su hijo y las últimas palabras de este, y su repentina desaparición. Creonte esperaba la comprensión de su esposa, ansiaba de ella palabras de sosiego. Pero en lugar de eso, en lugar de ofrecerle su abrazo piadoso, ella comenzó a golpearle ciega de furia. Le daba puñetazos, le arañaba el rostro, le propinaba patadas, le escupía. Y mientras el torrente de violencia no cesaba, mientras Creonte sentía atónito la lluvia de golpes caer sobre él sin oponer resistencia, Eurídice no dejaba de gritarle:

—Pero ¿qué has hecho? ¿Qué has hecho?

Impelido por la ira de su mujer y por el consejo de ancianos, que había acudido con premura al palacio tras saber de la desaparición del joven, Creonte pensó que la única forma que tenía de ganarse el perdón de los dioses era hacer un acto de humildad. Hemón seguía sin aparecer, pero el monarca confiaba en que, si enmendaba sus ofensas, todavía estaría a tiempo de salvarlo. Se dio cuenta entonces de cuánto amaba a su hijo, mucho más de lo que nunca había sido consciente: hubiese dado su vida a cambio, sin dudarlo, si así lo hubiese alejado del funesto devenir que predijo Tiresias. Pero tal vez si actuaba con premura aún podría enmendar los errores que, ahora lo veía claro, había cometido al ofender con tanta arrogancia a los dioses y al tratar con tanto desdén los sentimientos de Hemón. «¡Cómo he podido ser tan abyecto, tan arrogante!», pensó mientras emprendía una carrera desesperada contra el tiempo. Galopando a lomos de su caballo más veloz, cruzó la muralla y buscó lo poco que quedaba de Polinices. El hijo de Edipo era ya irreconocible: lo que había sido su bello rostro era ahora una masa informe en la que se apreciaban los huesos de la calavera, un amasijo de carne podrida colonizada por los gusanos, que campaban por todo el cuerpo ennegrecido, destrozado por el ansia feroz de carroñeros salvajes, consumido por la labor minuciosa de miles de insectos. Con urgencia, el rey se arrodilló ante el cadáver y empezó a verter tierra sobre él con las manos temblorosas. Agarraba la arena a puñados, la lanzaba frenéticamente sobre Polinices, imploraba a gritos la misericordia de los dioses. Con la misma agitación derramó sobre él las tres libaciones vaciando de golpe las vasijas, cuyo contenido se desparramó mezclándose con la tierra seca y con la carne infecta. Ahora que ya había cumplido con Polinices, esperaba llegar a tiempo de liberar a Antígona. Y así salvar a su hijo.

Un grupo de campesinos jadeantes se agolpaba frente a la entrada de la cueva, junto a la cual yacía la roca enorme que la había sellado. Cuando vieron llegar a Creonte sobre su montura, la expresión de los hombres pasó del agotamiento al miedo. Atropelladamente, se justificaron ante el monarca, le contaron que habían retirado el peñasco para cumplir las órdenes que habían recibido:

—Fue el príncipe quien nos obligó a hacerlo, debéis creernos, tened piedad, noble Creonte —imploraron.

El rey todavía no había podido articular palabra alguna cuando un grito, proveniente de las entrañas de la gruta, atravesó el alma de todos los presentes. Un largo alarido

proferido con un dolor insondable, un chillido de lamento puro que se clavó en el corazón de Creonte como un alfiler ardiente al reconocer en él la voz de su hijo. Temeroso, descabalgó y penetró en la cavidad empuñando su daga.

A Creonte le costó acostumbrarse a la penumbra, pero cuando lo consiguió, quedó horrorizado. De una raíz colgaba el cadáver desnudo de Antígona. Abrazado a su cuerpo, Hemón lloraba con la cabeza hundida entre sus senos menudos, agitado por los espasmos de un llanto violento. Repetía su nombre con la voz quebrada.

—Hijo mío —dijo Creonte, aliviado al ver que había llegado a tiempo al menos para salvar a su heredero.

Desasiéndose de su amada, Hemón se dio la vuelta. Sus ojos escupían fuego, anegados de odio, de sangre. Una daga centelleó en la escasa luz que entraba en la cueva. El hijo se abalanzó sobre el padre. Creonte apartó el brazo homicida evitando que el metal lo hiriera. Hemón se dio de bruces contra el suelo. Humillado, se quedó allí. Al verlo tan atormentado, Creonte se arrodilló junto a él, le tendió la mano. Su hijo la rechazó con un golpe brusco y se puso de pie, blandiendo todavía el arma. Mirándolo fijamente, repitió aquellas palabras ominosas:

—Bajaré hasta el Hades a buscarla.

Ante el horror de Creonte, con un movimiento decidido hundió la daga en su propio corazón.

∞

El caballo cruzó la puerta principal de la muralla y emprendió el camino hacia el palacio real. A su paso, los tebanos se apartaban y, aunque un denso silencio parecía dominarlo

todo, Creonte se dio cuenta de que sus súbditos murmuraban y lo miraban con repulsión. El rey, sintiendo un dolor que iba más allá de toda comprensión, siguió adelante, acarreando a lomos del equino el cadáver de su hijo. Del pecho de Hemón sobresalía, como un trofeo grotesco, la empuñadura de la daga que había acabado con su vida.

Cuando llegó al palacio, Eurídice estaba esperando en lo alto de las escalinatas. Gimoteando, la acompañaban Ismene y un séquito de criados. Las malas noticias ya habían llegado a los oídos de la soberana, quien lo único que ansiaba era abrazar el cuerpo de su hijo, mecerlo por última vez. Creonte no tuvo el valor de decirle nada, no trató de buscar su consuelo; tan solo descabalgó, subió los escalones con el cuerpo inerte en brazos y lo dejó con un cuidado infinito a los pies de su esposa. Se había preparado para escuchar alaridos de dolor, lamentos de congoja, para recibir la rabia de Eurídice sobre él, pero nada de eso sucedió. La reina no lloraba: se arrodilló, acarició las mejillas todavía calientes de su hijo y le dio un beso en la frente, largo, tierno. Sin emitir palabra alguna, arrancó del corazón de Hemón la daga ensangrentada, levantó la mirada hacia la de su esposo y, con el mismo metal que había matado a su hijo, Eurídice se atravesó el pecho.

El grito de Creonte recorrió como un tornado hasta el último rincón de Tebas, superó sus altos muros —incapaces de contenerlo—, se extendió por los campos circundantes, se elevó a los cielos, y con él se estremeció el universo entero.

∞

De las siete puertas que permitían el acceso a la ciudad de Tebas, la consagrada a Electra quebrantó la tarde con el cru-

jido seco que lanzaron al cerrarse sus dos mayúsculas hojas de maderos de pino. Las tropas atenienses, con Teseo al frente, se alejaban de la ciudad llevándose consigo a su cautivo, al que habían venido a apresar para obligarle a permitir, como ordenaban la piedad y la justicia, el entierro de los siete caudillos argivos que habían caído ante su muralla. Jamás habría de volver Creonte a aquel reino que lo despedía con alivio. Viendo partir al monarca destronado, con el rostro vacío de expresión, caminando como un muerto en vida, los tebanos supieron que la maldición que habían sufrido desde que Layo desobedeciera a Apolo había llegado a su fin. No más sangre sería derramada por esos actos, no más cadáveres serían entregados a la casa de Hades. En el cielo, el sol que había estado castigando inclemente la tierra y a sus habitantes durante todo el día comenzó a descender sobre las montañas que enmarcaban el horizonte de la ciudad. Al cabo de unas horas, cuando volviese a salir, una nueva edad, un tiempo nuevo comenzaría para la ciudad de Tebas.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

Inmortalizada por el trágico Sófocles, Antígona es una figura que representa la piedad y la compasión, el poder de la ley de la sangre frente a la ley, caprichosa e inhumana, de los hombres. Su capacidad de mediar entre partes enfrentadas y su sacrificio por aquello en lo que cree la han convertido en un símbolo para muchos artistas en época de guerra.

La mitología griega abunda en personajes femeninos memorables: Helena, cuya belleza causó la muerte de muchos de los mejores héroes en los campos de Troya; Penélope, la fiel esposa que aguarda el regreso de Ulises sin ceder a los pretendientes que invaden su casa; Electra, la hija dominada por el odio contra su madre por el asesinato de su padre... Todas ellas son personajes que con el discurrir del tiempo han ganado la categoría de arquetipos. Pocos de ellos, sin embargo, resultan tan emocionantes como el de Antígona. Hija de una familia marcada por la desgracia, la de los Labdácidas, es la más acabada representación de la piedad filial y fraterna. Antígona es, como afirma su nombre parlante, «la que sale en defensa de su estirpe». Y ello a pesar de la aberración contra natura sobre la que se funda esta, pues ella, como sus hermanos Eteocles, Polinices e Ismene, es hija y a la vez hermana de su propio padre, Edipo, quien mató a su progenitor, Layo, y se desposó con su madre, Yocasta.

Hablar de Antígona supone obligatoriamente referirse a Sófocles (496-406 a. C.). Sin el gran trágico ateniense, ella solo habría sido un personaje secundario del ciclo tebano. Él fue quien le dio entidad dramática, un perfil propio, quien, en suma, la convirtió en el arquetipo que ha hecho que, todavía hoy, sean muchos los dramaturgos y poetas que recurren una y otra vez a su figura para denunciar cualquier situación de conflicto, de guerra o de injusticia. La razón de esta persistencia y actualidad supo expresarla perfectamente el escritor y teórico de la literatura George Steiner (n. 1929) en un libro que dedicó precisamente a la hija de Edipo y que elocuentemente tituló *Antígonas*, en referencia a esa multiplicidad de visiones que ha inspirado. Para este autor, los mitos griegos están vivos porque «parecen anunciar, simbolizar nuestra actual condición y hablar directamente de ella», y eso, según él, es especialmente válido cuando se trata de Antígona. Si su enfrentamiento con su tío Creonte se mantiene hoy vigente, se debe a toda una serie de conflictos no resueltos que laten tras el asunto del rescate de los restos de Polinices. Uno de ellos es el que se da entre mujeres y hombres: Antígona se enfrenta a un universo masculino que basa todo su poder en la ley y la fuerza. En la democrática Atenas en la que vivió Sófocles, la mujer ocupaba un rol secundario, pues su misión era la de perpetuar las familias y cuidar de la administración del hogar, no la de decidir los destinos de la ciudad. Con sus actos, pero también con sus palabras, la hija de Edipo se rebela contra ello en nombre de un sentimiento anterior al establecimiento de la comunidad ciudadana como es el de la sangre, la familia. De este modo, el suyo es también un conflicto entre individuo y sociedad, y más aún, entre las leyes de los dioses, en cuyo nombre actúa Antígona, y las creadas por hombres como Creonte; entre el mundo de los muertos y el

mundo de los vivos. En otras palabras, entre la libertad y la tiranía: la libertad de llevar a cabo un derecho sagrado por el que se está incluso dispuesto a sacrificar la propia vida; la tiranía de quien cree que está por encima de todo, también de la piedad hacia los muertos. Por último, está el eterno enfrentamiento entre la juventud y la vejez, con la primera defendiendo aquí la tradición, la familia, la divinidad, y la segunda, la razón de Estado. Todo ello da cuenta de la actualidad del personaje de Antígona y explica el porqué de la fascinación que sigue ejerciendo.

LA IMAGEN VIVA DE LA COMPASIÓN

Antígona aparece en tres de las tragedias de Sófocles: *Edipo rey*, *Edipo en Colono* y *Antígona*. Si en la primera la joven es un personaje mudo, en la segunda su papel adquiere ya consistencia y relieve: es la joven que acompaña a su padre en su exilio de Tebas hasta el lugar cercano a Atenas en el que este hallará la muerte. En esta obra Antígona encarna la compasión. Es el lazarillo lleno de devoción filial que guía a Edipo, pero es también la hija y la hermana que trata de mediar, sin éxito, por la reconciliación de su padre con Polinices. No obstante, la figura que domina toda esta tragedia no es otra que la de Edipo, aunque destaquen también un Teseo convertido por Sófocles en el modelo de buen gobernante, y su antítesis, un Creonte dibujado como un tirano hipócrita e inhumano.

Pero es en la obra que lleva su nombre donde Antígona alcanza toda su dimensión trágica. En ella, el conflicto no es provocado por un destino aciago que marca desde su nacimiento al protagonista, como sí sucede en el caso de su padre Edipo, sino por ese enfrentamiento ya comentado con Creonte. Toda la tragedia no es sino la

plasmación del choque de dos voluntades que encarnan otras tantas visiones contrapuestas e irreconciliables de la existencia: por un lado, las viejas leyes religiosas y familiares; por otro, la razón de Estado representada por un gobernante autocrático. Antígona habla aquí en representación de las divinidades, pero no las de la luz y la razón representadas por Zeus, Apolo o Atenea, sino las del inframundo, las de Hades, que apelan al sentimiento, el amor y la sangre. Por ello cuando Creonte le recuerda que Polinices murió combatiendo contra la ciudad natal y «el enemigo, aun muerto, no será nunca amigo», ella replica: «No nací para el odio, sino para el amor».

El rival de Sófocles en la escena ateniense, Eurípides (480-406 a.C.), dedicó también al personaje una tragedia de la que solo han sobrevivido algunos fragmentos, e igualmente la hizo aparecer en *Las fenicias*, aunque aquí el tema (como en *Los siete contra Tebas* del tercero de los grandes trágicos, Esquilo) no es otro que el enfrentamiento fratricida entre Eteocles y Polinices en el que su hermana intenta inútilmente mediar. Muertos ambos, Antígona comunica la noticia a su padre y marcha con él al exilio. «Parte para el destierro, desdichado, y tu mano querida tiéndeme, padre: como el viento a la nave he de llevarte», le dice a Edipo al final de la obra.

UN PERSONAJE LITERARIO

En Roma, Antígona aparece en *Las fenicias* de Lucio Anneo Séneca (4 a.C.-65 d.C.), una tragedia que sigue de cerca la homónima de Eurípides, así como en el poema épico la *Tebaida*, de Publio Papinio Estacio (45-96 d.C.), cuyo libro XII narra el rescate del cuerpo de Polinices por Antígona y su viuda, Argía. La intervención de Teseo las salva aquí de la muerte.

Antígona no escapa a su destino

La versión que Sófocles realizó del mito de Antígona hizo fortuna, pero no es la única que hay. Es, por ejemplo, la que se sigue en la *Biblioteca mitológica* atribuida a Apolodoro de Atenas (siglo II a.C.), que liquida el asunto en escasas líneas, o la que, en la misma época que Sófocles, dio a conocer su rival Eurípides en su propia *Antígona*. Aunque esta se ha perdido, su argumento puede reconstruirse gracias al resumen que de la obra hizo en el siglo III a.C. el gramático Aristófanes de Bizancio (257-180 a.C.) y, sobre todo, la adaptación llevada a cabo por el mitógrafo romano Cayo Julio Higino (64 a.C.-17 d.C.) en sus *Fábulas*. Según esta variante, Antígona, acompañada de Argía, viuda de Polinices, incineró los restos de este, contraviniendo así las órdenes al respecto dictadas por Creonte. Una vez descubiertas, Argía logró huir, mas no Antígona, quien fue llevada a presencia de su tío. Creonte ordenó entonces a su hijo Hemón, con quien la joven estaba comprometida, que le diera muerte. Loco de amor por Antígona, Hemón se desposó con ella, tras lo cual la dejó bajo la protección de unos pastores y regresó a Tebas, donde mintió a su padre diciéndole que había cumplido sus órdenes. Pasó así el tiempo y la hija de Edipo dio a luz a un niño que, cuando creció, acudió a Tebas para participar en unos juegos. Creonte lo reconoció por una marca de nacimiento que tenían todos los Labdácidas y supo así que Antígona seguía viva. Esta vez, Hemón sí cumplió la orden de matarla, para quitarse acto seguido él mismo la vida.

Pero es a partir del Barroco cuando Antígona adquiere la prestancia que todavía hoy conserva. Para los autores de entonces, lo mismo que para los de ahora, es una figura ideal para denunciar una situación de conflicto. Uno de los ejemplos más tempranos lo constituye *Antígona o la piedad*, una tragedia que el francés Robert Garnier (1545-1590) escribió en un momento en que la tensión religiosa en el reino galo había dado lugar a matanzas como la de la noche de San Bartolomé, que el 23 de agosto de 1572 provocó, solo en París, más de dos mil víctimas protestantes. Con su negativa a acatar las órdenes de Creonte, la hija de Edipo muestra su sumisión a las leyes de Dios, «que es nuestro gran rey», y que ordena «sentir piedad sobre toda la humanidad». Se trata, pues, de una lectura cristiana que aboga por la reconciliación.

Las catástrofes bélicas que surcan todo el siglo xx hicieron de la hija de Edipo una figura recurrente entre dramaturgos y poetas. En 1944, en plena Segunda Guerra Mundial y en una Francia ocupada por la Alemania nazi, Jean Anouilh (1910-1987) dio a conocer su propia versión de Antígona, en la que la protagonista se enfrenta a un fatigado y muy escéptico Creonte, alguien que se adapta a lo que digan la ley y las circunstancias, pues «tiene que haber quienes digan que sí. Tiene que haber quienes gobiernen la barca». La acción de su sobrina le obliga a abandonar su comodidad y a tomar partido. Como dice el Coro al final de la obra, «sin la pequeña Antígona, todos hubieran estado muy tranquilos. Todos los que tenían que morir han muerto. Los que creían una cosa y los que creían lo contrario, y aun los que no creían nada y se vieron envueltos en el asunto sin comprender nada». La lucha que en el momento del estreno sostenían resistentes y colaboracionistas es sugerida así con los mimbres de la tragedia clásica. Acabada esa devastadora contienda, el alemán Bertolt Brecht (1898-1956)

recurrió a la tragedia de Sófocles para denunciar el sinsentido del nazismo. La acción se sitúa en una Tebas que evoca el Berlín bombardeado de 1945 y en la que cuelga el cadáver de Polinices, un disidente ejecutado por las SS. El gesto de Antígona de enterrarlo le supone enfrentarse al dictador Creonte, quien al final ve cómo su régimen de terror se desmorona. Esta actualidad del mito se mantiene a inicios del siglo xxi. Prueba de ello es *Sepelio en Tebas*, una relectura de la Antígona sofoclea compuesta por el norirlandés Seamus Heaney (n. 1939) a la sombra de la «guerra contra el terrorismo» emprendida en 2001 por el presidente estadounidense George W. Bush. El conflicto político, pero también el familiar y sentimental, ganan peso en una obra que cautiva por su transparencia formal, su vigor lírico y su calidad expresiva.

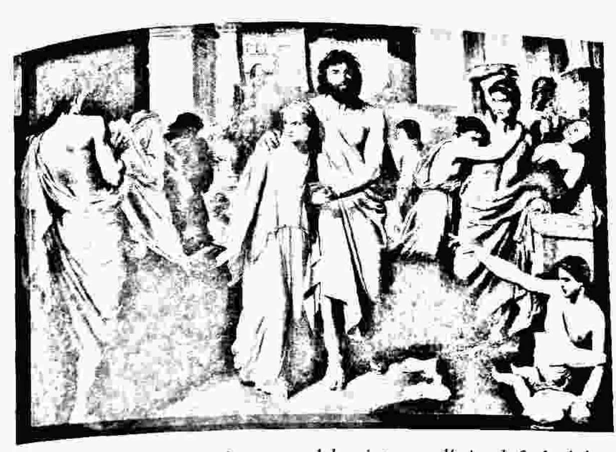
Fuera del teatro, resulta muy interesante el poema dramático *Ismene*, en el que el griego Yannis Ritsos (1909-1990) da voz a la hermana pequeña de Antígona. El mito es en estos versos un punto de partida para hablar de algo universal, que tanto pudo tener lugar en la Tebas antigua como en la de la época del escritor: el alma humana y sus misterios y contradicciones. Ya anciana, sola en una mansión poblada de vacíos y fantasmas, Ismene recuerda a los suyos, en especial a esa hermana, Antígona, que ella ve como una muchacha orgullosa, injusta y extrañamente dominada por el miedo: «Su único pensamiento era la muerte. Y a mí me parece que, como sabía que no hay manera de escapar a ella, en lugar de esperarla poco a poco, envejeciendo inútilmente, quiso plantarle cara, incluso provocarla, apelando a una valentía astuta y temeraria, convirtiendo el miedo de toda su vida y su deseo en heroísmo, convirtiendo su propia muerte ineluctable en una inmortalidad mezquina, sí, sí, mezquina, a pesar de su cegadora brillantez».

LA LECCIÓN DE LA PIEDAD FILIAL

A diferencia de su padre Edipo, Antígona ha dejado escasa huella en el arte de la Antigüedad. Hay, sin embargo, alguna excepción, como un ánfora de figuras rojas del llamado pintor de Brooklyn-Budapest, fechada hacia el 380 a.C., que muestra a la heroína, a Eteocles y a una joven (posiblemente Ismene) portando una hidria (una vasija destinada a contener agua) hasta la tumba de su padre. Se conserva en el Museo del Louvre de París.

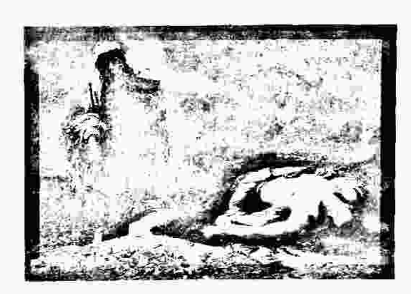
Quizá por su condición de hija de una relación incestuosa, quizá por ser una mujer que desafía a la autoridad representada por el rey, su tío, Antígona no se convierte en motivo de creación artística hasta bien avanzado el siglo XVIII. Más que el enfrentamiento con Creonte, el tema preferido es el de Antígona como símbolo de piedad filial, que adquirió una gran popularidad entre los pintores academicistas a caballo entre el Neoclasicismo y el Romanticismo, como el español José Ribelles (1778-1835), el danés Christoffer Wilhelm Eckersberg (1783-1853), el polaco Antoni Brodowski (1784-1832) o el sueco Pehr Gabriel Wickenberg (1812-1846). En todas estas representaciones la composición es similar, con la hija asistiendo amorosamente al desvalido Edipo. Los franceses Eugène-Ernest Hillemacher (1818-1887) y Charles Jalabert (1819-1901) trataron la misma temática, pero en telas que mostraban a ambos abandonando una Tebas asolada por la peste. Otro pintor galo, Jean-Antoine-Théodore Giroust (1753-1817), prefirió retratarlos en Colono en el momento en que Edipo rechaza y maldice a Polinices.

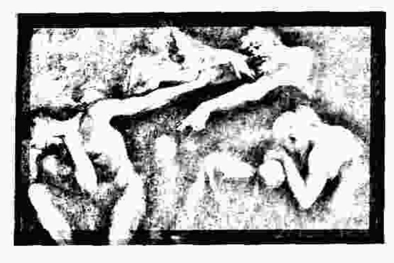
El academicismo de estas pinturas deja su lugar a una estética más romántica, esto es, oscura y con un halo de misterio, en la obra *Edipo maldice a su hijo*, del suizo Johann Heinrich Füssli (1741-1825),



Atentos a reflejar una enseñanza moral, los pintores académicos de finales de los siglos XVIII y XIX mostraron su interés por Antígona. Un ejemplo es este cuadro del francés Charles Jalabert, La plaga de Tebas, *que muestra a Antígona acompañando a Edipo al exilio, conservado en el Museo de Bellas Artes de Marsella.*

o en *Antígona y Polinices*, en la que el griego Nikiforos Lytras (1832-1904) supo expresar el dramatismo del encuentro de la joven con el cuerpo insepulto de su hermano. El inglés Frederic Leighton (1830-1896) prefirió, en cambio, centrarse en el retrato de la heroína del mito, que él vio como una joven de rasgos aristocráticos, dominada por la determinación, pero también por la emoción, de ahí que su mirada rehúya la del espectador. Ya en el siglo XX, el italiano Giorgio de Chirico (1888-1978) recuperó la escena más clásica en *Edipo y Antígona*. Sus figuras recrean la estatuaria griega, pero como si cada uno de sus miembros procediera de piezas diferentes, con un Edipo reducido a una ruina sin rostro. Aun así, se aprecia una insondable ternura en la comunicación entre padre e hija.





Más que la enseñanza moral cara a los pintores neoclásicos, los artistas románticos buscaron identificar en las obras de Sófocles el elemento más dramático. Eto es lo que hizo Lytras en su Antígona y Polinices *(arriba), en la que los términos entre vida y muerte parecen invertirse: ella, la viva, no es sino una sombra, mientras que él recoge toda la luz de la tela. En la parte inferior, la obra* Edipo maldice a su hijo, *de Füssli, en la que los gestos de los personajes y el uso del claroscuro acentúan el carácter teatral de la acción.*

ANTÍGONA CON FINAL FELIZ

Expresión de la piedad, el personaje de Antígona ha protagonizado varias obras musicales, por lo general inspiradas en Sófocles, aunque ello no impidiera a los libretistas introducir cambios en la acción. Por ejemplo, llevarla hacia un final feliz, como en el *Edipo en Colono* del italiano Antonio Sacchini (1730-1786), una ópera que representa una convincente síntesis entre la inventiva instrumental de la música francesa y el virtuosismo vocal de la italiana, y que acaba con la reconciliación de Edipo y Polinices gracias a Antígona.

También el final cambia en la Antígona del italiano Tommaso Traetta (1727-1779), en la que el arrepentimiento de Creonte en el último momento permite que la heroína y Hemón se salven y contraigan matrimonio. La *Antígona* estrenada en italiano por el checo Josef Mysliveček (1737-1781) obvia la tragedia de Sófocles para hacer de la protagonista una mujer dispuesta a arrebatar a su tío, considerado un usurpador, el trono de Tebas, cosa que consigue. La espectacularidad de las arias de la protagonista da cuenta de su carácter decidido.

Reaccionando contra estas licencias, el Romanticismo reivindicó las tragedias originales de Sófocles. El alemán Felix Mendelssohn-Bartholdy (1809-1847) escribió la música incidental para unas representaciones de *Edipo en Colono* y *Antígona* que se llevaron a cabo en la década de 1840 en un Berlín tomado por la grecomanía. Sus coros y melodramas, de estilo severo, consiguen transmitir la esencia intemporal y universal del drama con eficacia. Ese fue el propósito también del alemán Carl Orff (1895-1982) con su ópera *Antígona*, solo que con una música de un radical antirromanticismo. Su orquesta reducida a pianos e instrumentos de percusión, el protagonismo del ritmo y un tipo de canto próximo a la declamación o la salmodia intentan reconstruir el espíritu de la tragedia griega original, su arcaísmo y valor ritual. Pero si un compositor se ha sentido atraído por la historia de la hija de Edipo, ese ha sido el griego Mikis Theodorakis (n. 1925), quien le ha dedicado dos *ballets*, *Antígona* y *Antígona en prisión*, y una ópera de estilo apasionadamente melódico, *Antígona*.

Índice